

Jazmín®

Un bello romance

Elizabeth Harbison

Un Bello Romance

Elizabeth Harbison

Un Bello Romance (2006)

Título Original: If the Slipper Fits (2006) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello/Colección: Jazmín 2068

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Conrad de Beloria y Lily Tilden

Argumento:

Aquello era como vivir en un cuento de hadas. .

El príncipe Conrad de Beloria acudió a Nueva York a presidir un banquete en honor a su familia, pero su reputación de mujeriego lo precedía. Todas y cada una de las mujeres solteras de la ciudad querían acompañarlo al baile. Pero, para disgusto de su madrastra, el guapísimo príncipe sólo tenía ojos para una mujer. .

La recepcionista de hotel Lily Tilden no era precisamente la mujer con la que se esperaba que saliera un príncipe, pero Conrad quedó automáticamente prendado de su belleza y de su inteligencia. Así que Conrad iba a necesitar toda la fuerza de su noble legado para cumplir sus obligaciones como príncipe sin ir contra los deseos de su corazón. .

Prólogo

Hace veinticinco años.

TEN CUIDADO, baja despacio. Despacio —sor Gladys, asustada, intentaba.

convencer a una niña para que bajase con cuidado del tobogán.

Lily siempre estaba metiéndose en líos. No tenía miedo de nada. Desde que sus hermanas y ella aparecieron en la capilla contigua al orfanato Barrie fue evidente para todo el mundo que aquella niña era la líder del pequeño grupo.

Sor Gladys sabía eso cuando salió a jugar con las hermanas Tilden y otro grupo de niños al patio. Pero hacía tan buen día y llevaban semanas encerrados por culpa de la lluvia...

Fue una decisión impulsiva que ahora lamentaba. Según las normas de Virginia Porter, la directora del centro, no se podía salir al patio si no había más de un adulto por cada cinco niños. María, que había salido a comprar, podría haberle echado una mano si la hubiera esperado.:.

Pero los niños tenían tantas ganas de jugar que pensó que no pasaría nada por salir un rato... esto es, hasta que Dudley se cayó y se hizo un esguince en el tobillo. Sor Gladys no había estado más de un minuto de espaldas a las traviesas niñas y, en ese tiempo, Lily se había subido al tobogán mientras sus hermanas miraban.

—Despacito —insistía, sujetando las piernas de la niña para que no saliera despedida.

Le daban pánico las alturas, de modo que era la persona menos indicada para ayudar a Lily, pero era la única adulta allí. Y no podía pedirle ayuda a nadie.

Lily, mientras tanto, no mostraba la menor preocupación. Su pelo rubio brillaba bajo el sol casi como si fuera un halo, aunque no era ni mucho menos un ángel.

—Vamos, cariño —sor Gladys alargó una mano temblorosa para ayudarla a bajar—. Buena chica... así, con cuidado, sujétate con las manos.

—Lil —la llamó una de sus hermanas. Era Rose, la más juiciosa de las tres—.

Bájate, Lil.

—Ya bajo —dijo Lily, impaciente.

—Cuidado —le advirtió su otra hermana, Laurel. Pero entonces

algo la distrajo, como era habitual—. ¡Mira, una mariposa!

Unos segundos después, Lily estaba en el suelo y sor Gladys pudo respirar tranquila. Si Virginia Poner se enteraba de aquello...

—Espero que esto le sirva de lección —dijo una voz tras ella.

Sor Gladys se volvió para ver a la directora del centro mirándola con el ceño fruncido.

—Esto es precisamente por lo que no queremos que los niños salgan al patio sin la supervisión de varios adultos.

—Lo sé. Pero es que hacía tan buen día...

—Podría haber terminado siendo un día fatídico —Virginia tomó a la niña en brazos y la apretó contra su corazón—. Especialmente con esta niña. Ya sabe que es muy traviesa —añadió, mirando a Lily—. Tienes demasiada energía, pequeñaja. Y

muy poco miedo.

Lily salió corriendo en cuanto la dejó en el suelo.

—Pero es una niña muy buena —objetó sor Gladys.

Virginia levantó una ceja.

—Muy buena y muy cabezota. Cuando quiere algo lo consigue por encima de todo. Es increíble que siempre se salga con la suya.

—¿Como cuando consiguió bajar el bote de galletas?

—Por ejemplo —sonrió Virginia—. Le dijimos que no, pero en cuanto tuvo oportunidad se subió a la estantería. Si quiere que le diga la verdad, casi la admiro por ello. Pero confío en que esa valentía no la meta en líos algún día.

Capítulo 1

LA SUITE Belvedere es para el príncipe Conrad de Beloria. Su madrastra y su hermanastra, la princesa Drucille y lady Ann, se alojarán en la suite Wyndham —

Gerard Von Mises pasó el dedo por el registro del hotel Montclair, señalando los clientes de los que Lily tendría que encargarse. Era un método anticuado, pero así era como Gerard, el propietario del hotel, lo prefería. Los ordenadores, según él, eran demasiado impersonales.

Lily nunca le había dicho que conservaba los registros en su ordenador portátil, en la oficina, por si hubiera algún conflicto. Lo de la tradición estaba muy bien, pero una tenía que ser práctica.

—El príncipe y su séquito llegarán mañana —siguió Gerard—. Y todo el equipo debe estar aquí para recibirlos ya que su madrastra es bastante... rigurosa con esas cosas.

Lily asintió. Había hecho muchas llamadas en nombre de la princesa Drucille para pedir toallas de color rosa, jabones con olor a verbena y una marca determinada de agua mineral por la que habían tenido que pagar una barbaridad.

—La señora Hillcrest dejará la suite Astor mañana —continuó Gerard—. Así que sólo tenemos al príncipe Conrad, la princesa Drucille, lady Ann, Samuel Eden y, por supuesto, la señora Dorbrook, en la planta principal. El resto del grupo estará en las plantas de abajo —añadió, suspirando—. Son buenos clientes, pero el negocio podría ir mejor.

—Las cosas están difíciles para todo el mundo —le aseguró ella, aunque sabía que la situación era preocupante—. Pero se arreglará. Especialmente ahora que viene el príncipe Conrad. La columna de sociedad del Post siempre publica algún cotilleo sobre él.

Gerard sonrió.

—Es muy popular con las jovencitas, desde luego.

—Y los príncipes siempre salen en la foto. ¿Lo ves? Seguramente será bueno para el hotel —dijo Lily, aparentemente convencida.

Pero no estaba tan segura. Habían tenido clientes famosos en muchas ocasiones, pero lo único que conseguían era buscadores de autógrafos y paparazzi.

De todas formas, el hecho de que el príncipe Conrad se alojara allí sin duda sería bueno para el hotel y el Montclair necesitaba eso

desesperadamente.

—Muy bien —Gerard cerró el libro—. Casi me has convencido. Venga, vete a casa. Llevas muchas horas trabajando.

—Ahora mismo —Lily llevaba diez horas de pie y no era la primera vez aquella semana. Desde que Gerard tuvo que hacer recortes en el personal, había tenido que dormir en el hotel más veces que los propios clientes... excepto Bernice Dorbrook, que residía allí desde que su millonario marido murió en 1983.

Lo único que le apetecía en ese momento era irse a casa y darse un largo baño de espuma. Últimamente los días le parecían larguísimos pero, aunque estaba agotada, sabía que Gerard no podía contratar más personal.

—Hasta mañana.

Lily fue a la oficina a buscar sus cosas. Volvería a casa en taxi, decidió. Aquel día no estaba para esperar el autobús. Afortunadamente, Samuel Eden le había dado una generosa propina cuando le consiguió entradas para una obra de Broadway, de modo que podía permitirse el lujo.

—Buenas noches, Karen, Barbara —se despidió de las chicas de recepción—.

Nos vemos mañana.

Karen rió.

—Ya es casi mañana.

—No me lo recuerdes —Lily sonrió, alejándose por la alfombra oriental que Gerard había colocado orgullosamente en el vestíbulo. La alfombra representaba su única concesión al siglo XXI; la había comprado en una subasta después de que ella misma lo persuadiera para que hiciese una oferta. Ni siquiera el obstinado Gerard había podido resistir la tentación.

Estaba a dos metros de la puerta giratoria cuando entraron dos hombres con traje oscuro y una cara como la de los gángsters de las películas de Hollywood.

—El séquito real llegará en cinco minutos —dijo uno de ellos.

—¿Esta noche? —exclamó Lily, mirando a Gerard que, aterrorizado, le devolvió una mueca helada—. Pero... pero nos dijeron que el príncipe Conrad y su familia llegarían mañana.

—Ha habido un cambio de planes —explicó el otro hombre, con un fuerte acento alemán—. ¿Está diciendo que no pueden alojarles

esta noche?

—¡Claro que no! —exclamó Gerard—. Es que... queríamos recibirlos de forma apropiada y ahora mismo estamos faltos de personal.

Los hombres intercambiaron una mirada y Lily imaginó que estaban anticipando la reacción de la princesa Drucille.

—Su Alteza exige ciertos requisitos —dijo uno de los hombres, sacando un papel del bolsillo—. Esto es lo que quiere: cena de Le Capitan, champán francés y un cierto tipo de flor... aves del paraíso.

Aquello no podía ir peor. Todo el mundo sabía que Le Capitan era el restaurante más chic de Manhattan. Tenía tal éxito que incluso algunos famosos se quedaban en la puerta. La comida era extraordinaria, pero la razón por la que todo el mundo quería ir allí era para dejarse ver.

Pero Lily conocía a un camarero y estaba segura de que podría convencerlo para que le enviase al menos unas ensaladas.

Entonces dejó escapar un suspiro. Y ella pensando que iba a darse un largo baño de espuma...

—Yo me encargo de todo —murmuró, tomando el papel. Pero cuando leyó lo que ponía estuvo a punto de soltar una carcajada: «tres ensaladas verdes, sin pepino, sin aliño. Tres filetes de ternera, en su punto, sin salsa. Tres pasteles de chocolate».

Podría haber conseguido todo eso por la décima parte de lo que costaba en Le Capitán, pero, por lo visto, los miembros de la realeza querían comer, y pagar, como sólo podía hacerlo una Casa Real.

Luego miró una nota al final de la página: «Dom Pérignon 1983, cuatro botellas». Eran las once de la noche. No iba a ser fácil encontrar cuatro botellas de Dom Pérignon a esa hora. ¿Y las flores? Si no las tenían en la floristería del hospital, estaba hundida.

Pero ése era su trabajo: conseguir lo imposible para los clientes. Y se le daba bien, debía admitir. A veces tenía tanta suerte que parecía increíble. Cuando llamaba a un teatro para buscar entradas, alguien había cancelado sus reservas; encontraba empresas de catering que podían servir cenas a última hora... Una vez, una famosa actriz de Broadway entró en el hotel para refugiarse de la lluvia justo cuando el ayudante personal de un embajador estaba preguntando si habría alguna posibilidad de conocerla personalmente. Esa coincidencia fue más bien supe natural, pero

ella no era de las que le miraba el diente a un caballo regalado.

Lily estaba a punto de salir cuando dos mujeres, claramente madre e hija, entraron en el hotel con un exagerado aire de suficiencia.

—Imaginaba que el gran Montclair recibiría a los miembros de la realeza con más personal —dijo una de ellas. Era tan alta como gruesa, pero tenía un claro aire aristocrático.

La más joven, y quizá incluso más gruesa, asintió con gesto de superioridad.

—No las esperábamos hasta mañana, Alteza —se disculpó Gerard—. Por favor, acepte nuestras disculpas. Soy Gerard Yon Mises, el propietario.

La princesa Drucille se limitó a hacer una mueca.

—El príncipe Conrad se sentirá muy molesto con este pobre recibimiento.

Dada la actitud de su madrastra, Lily podía imaginar cómo sería el príncipe Conrad. Y le sentaba fatal ver lo mal que lo estaba pasando Gerard.

—¿Cuándo llegará el príncipe? —preguntó, esperando que tardase algún tiempo para poder buscar más gente que lo recibiera en la puerta.

La princesa Drucille miró a su alrededor como si hubiera oído el vuelo de una mosca, pero no supiera exactamente dónde estaba.

—Está aquí —contestó la joven, lady Ann—. Así que ya es demasiado tarde.

—A ver, chico —dijo la princesa Drucille, dirigiéndose a Gerard —. ¿Ha llegado lady Penélope?

Gerard se puso pálido.

Lily se puso aún más pálida. ¿Lady Penélope? ¿Quién era lady Penélope?

—Lady Penélope, la hija del duque de Acacia. Mi secretario hizo una reserva para ella.

Gerard chascó los dedos por detrás y Karen y Barbara se lanzaron de cabeza hacia el registro, pero Lily sabía que no había ninguna lady Penélope en la lista.

—No ha llegado todavía —contestó—. Pero la suite Pampano está lista para ella.

No había ninguna suite Pampano, pero una vez, cuando un

dignatario ruso apareció a última hora y sin reserva, decidieron llamar suite Pampano a una de las habitaciones grandes en honor del camarero que había tenido la idea.

Gerard la miró, aliviado.

—Por supuesto, la suite Pampano. Claro.

—Excelente —dijo la princesa Drucille—. Entonces, nos retiramos a nuestras habitaciones. Esperaremos allí la cena y confío en que no tarde mucho.

—Claro que no, Alteza —sonrió Gerard, que luego se volvió para mirar a Lily

—. ¿Puedes hacerlo? —le preguntó en voz baja.

El pobre apretaba las manos con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Claro que sí. Tú no te preocupes por nada.

—No sé cómo te las arreglas —susurró Karen—. Pero si consigues que manden la cena de Le Capitan, me quedaré de una pieza.

—Y yo. Así que cruza los dedos.

Estaba a punto de entrar en la oficina para empezar a hacer llamadas cuando el príncipe entró por la puerta giratoria como una brisa fresca en una calurosa noche de verano. Lily no solía quedarse impresionada por un nombre o un título, pero había algo en la energía de aquel hombre, en su forma de caminar, que resultaba absolutamente imponente. Y, por un momento, no pudo apartar los ojos de él.

Era más alto de lo que esperaba; su ancha espalda y su aspecto robusto lo hacían parecer más bajito en las fotografías. Y sus ojos eran de un azul pálido que no había visto nunca. No sabía si era una ilusión óptica por el contraste con su pelo negro y su piel bronceada o eran así de claros en realidad. Y cuando la miró, sintió como si alguien le hubiera susurrado algo al oído.

Todo eso y príncipe, además.

Era lógico que las mujeres perdieran la cabeza por él.

Aunque Lily no tenía intención de hacerlo.

—Buenas noches —la saludó, con un ligerísimo acento.

—Buenas noches, Alteza —contestó ella, sintiéndose un poco incómoda con el tratamiento.

—Ah, sabe quién soy.

—Sí, claro.
Su mirada era la viva definición de penetrante.
—Llego un día antes de lo previsto. ¿Están listas mis habitaciones?
Lily asintió con la cabeza. Al menos, tenía mejores modales que su madrastra, pensó.
—Sí. Y estaba a punto de llamar a Le Capitan.
Su chófer entraba en ese momento cargado de maletas; el pobre iba prácticamente jadeando.
—¿Le Capitan? —repitió el príncipe.
—Para cenar, cariño —explicó la princesa Drucille—. ¿No te acuerdas?
El príncipe la miró con expresión seria.
—Esta noche tengo una cita.
La sonrisa de la princesa era absolutamente falsa.
—Ah, muy bien.
—¿Puedo hacer algo para que su estancia en el Montclair sea más agradable, Alteza? —preguntó Lily.
El príncipe Conrad la miró directamente y ella sintió un escalofrío.
—No importunarme.
Lily se sintió ofendida. ¿Qué pensaba, que iba a quedarse con él a charlar?
—Por supuesto.
—Y espero que cuando tenga invitados sean ustedes... discretos.
Se refería a mujeres, naturalmente. Invitados, en plural.
Lily tenía que mirar para otro lado muchas veces. Pero algo en la actitud de aquel hombre hacía que eso le resultara más difícil de lo normal.
—Por supuesto —contestó, pensando que la estancia del príncipe Conrad en el Montclair llamaría la atención de los medios y eso era bueno para Gerard.
—Estupendo —el príncipe se volvió hacia uno de sus escoltas, que estaba en el mostrador hablando con Karen, y le preguntó algo en su idioma.
El hombre le mostró la llave que Karen acababa de darle y el príncipe asintió con la cabeza mientras se dirigía a los ascensores.
—Espero la cena en mi suite —dijo la princesa Drucille con

gesto desdeñoso

—. Supongo que tendrá comedor.

—Sí, por supuesto —contestó Lily, sin dejar de mirar al príncipe Conrad, con su figura atlética y su traje de diseño italiano.

—Lily... Le Capitan —le recordó Gerard—. Su Alteza no parece una mujer a la que le guste esperar.

—No, desde luego que no. Me dan ganas de subirle una ensalada y un sándwich del bar de la esquina.

Karen soltó una risita, pero Gerard la silenció con la mirada.

—No te preocupes, no voy a hacerlo. Sólo digo que me gustaría —Lily abrió el cajón y sacó la tarjeta de crédito del hotel. Que estaba muy usada—. Volveré en cuanto pueda.

Su primera parada fue en la floristería del hospital, en la que, afortunadamente, tenían aves del paraíso.

Una suerte.

Afortunadamente, encontró un taxi en la puerta y el taxista la esperó mientras su amigo de Le Capitán le sacaba la cena y las botellas de Dom Pérignon a cambio de dinero y la promesa de conseguirle entradas para una obra de teatro en Broadway.

Con el encargo hecho, Lily volvió al hotel. Para su sorpresa, Karen estaba ocupada en recepción con otra cliente inesperada: la baronesa Kiki Von Elsbon.

La baronesa se había alojado en el hotel más de una vez y solía aparecer por allí, curiosamente, siempre que había algún millonario o algún aristócrata. La última vez había sido el magnate Breck Monohan. Antes de él, la estrella de cine Hans Poirrou. Ahora era el príncipe Conrad. Ningún hombre soltero estaba a salvo de la caprichosa ex mujer del barón Hurst Von Elsbon.

Además de ser una singular devora hombres, la baronesa era también una de las clientes más desagradables, de modo que Lily, que había tenido que soportarla muchas veces, subió a la cocina del segundo piso sin detenerse en la recepción.

—¿Dónde está Lyle? —le preguntó al chef—. Necesito que suba esto a la princesa Drucille.

El chef Henri se encogió de hombros.

—Se ha ido a casa porque tiene gripe. Elissa y Sean también. Y Miguel sigue en Puerto Vallarta de vacaciones —suspiró, tomando su chaqueta del perchero—.

Y yo me voy a dormir.

Henri era un chef muy temperamental y la reciente falta de personal lo tenía de mal humor. Lily sabía que no debía discutir con él y prefería lidiar con el otro chef, Miguel.

—Muy bien. ¿Sabes dónde puedo encontrar un carrito?

Henri señaló la despensa.

—Elissa los ha dejado ahí.

—Gracias. Oye, mira... sé que las cosas no se hacen así, pero tengo tres filetes de ternera que se están enfriando. ¿Puedo meterlos en el microondas?

El chef la miró, horrorizado.

—¡Lo dirás de broma!

—No, no es una broma. ¿Puedo hacerlo?

Henri dejó escapar un dramático suspiro.

—Sólo la carne. Y no más de treinta segundos —contestó, levantando los ojos al cielo—. Y yo no me hago responsable de nada.

—Merci, Henri. Te lo agradezco.

—De cien —contestó él, abriendo la puerta de la cocina a toda prisa para evitar más preguntas ofensivas—. Buena suerte.

Iba a necesitarla, pensó Lily.

Cuando llegó a la suite de la princesa Drucille, una chica bajita con cara de susto la llevó al salón.

La princesa estaba tumbada en una chaise longue, hablando con su hija y otra mujer.

—Me da igual lo que quiera, necesita una esposa o pondrá la monarquía en peligro. Y eso no me conviene nada.

Lady Ann asintió con la cabeza.

—Espere un momento —dijo la otra mujer, con acento norteamericano—.

¿Está o no está prometido con lady Penélope?

—Aún no —contestó la princesa—. Si conoce a alguna joven interesante, estoy abierta a sugerencias. Su periódico podría estar interesado en que escribiera sobre este tema en su columna.

—La búsqueda de una nueva princesa... —murmuró la mujer, con un brillo maquiavélico en los ojos—. Me gusta.

—Si al final pide la mano de lady Penélope, le prometo que usted será la primera en saberlo. Será una exclusiva de Caroline

Horton.

Ah, Caroline Horton. La columnista del New York Tattler.

—Trato hecho, princesa.

Era evidente que la princesa Drucille prefería ser tratada con más deferencia, pero aceptó la mano de la periodista.

—Recuerde que esta conversación es absolutamente confidencial.

La chica que había abierto la puerta de la suite miró a Lily con expresión angustiada y ella dio un paso atrás.

Cuando Caroline Horton salía de la suite, Lily entró como si acabara de llegar.

—La cena, Alteza. Y el champán que había pedido. Y las flores.

La princesa Drucille se levantó de la chaise longue con cara de fastidio.

—Una de las ensaladas y uno de los filetes son para el príncipe Conrad.

Lily la miró, confusa.

—Tenía la impresión de que no quería ser importunado...

—Tonterías, la estará esperando. Lléveselo antes de que se enfríe —contestó la princesa, haciendo un gesto con la mano—. Vamos, vaya ahora mismo.

Lily tomó una de las bandejas y se dirigió a la suite del príncipe. Tenía la impresión de que no quería ser molestado, pero si la princesa decía que esperaba la cena, ella no pensaba discutir.

Sin embargo, cuando llegó a la habitación encontró al príncipe en compañía de Brittany Oliver, una actriz que ya no estaba en el candelero. Era evidente que no la esperaba y que, claramente, acababa de hacer justo lo que le había pedido que no hiciera: importunarlo.

—Yo no he pedido esto —dijo Conrad con expresión cansada, como si hubiera esperado ese tipo de infracción.

Lily podría haberse sentido molesta, pero la verdad era que tenía razón: él no había pedido aquello, lo había pedido su madrastra.

—Lamento interrumpirlo, pero su madrastra me dijo que estaba esperando la cena —con el rabillo del ojo vio que Brittany Oliver se dejaba caer sobre el sofá—.

Y que la trajera de inmediato.

—La última esposa de mi padre dice muchas cosas que es mejor

no escuchar

—replicó él—. Y esto es un ejemplo.

—Lo siento —volvió a disculparse Lily—. Pero mi trabajo no consiste en ignorar las peticiones de los clientes, de modo que...

—Ya le dije que no deseaba ser importunado.

—Sí, lo sé, pero su madrastra me dijo...

—La última esposa de mi padre.

—... que le trajese la cena... Pero en fin, como es un error, me la llevo.

Por un momento, Lily creyó ver un brillo burlón en sus ojos.

—Si no la acepto tendrá que llevársela a Drucille, ¿es eso?

Lily permaneció impasible, aunque hubiera preferido comerse una avispa viva antes que volver a la suite de la princesa.

—Sí.

El príncipe Conrad tomó la bandeja.

—Muy bien, eso es todo. Gracias.

—¿Perdone... camarera? —la llamó Brittany Oliver.

—Dígame —suspiró Lily.

—Creo que hay fotógrafos fuera, esperándome.

—¿Ah, sí?

La actriz dejó escapar un suspiro de irritación.

—¿Le importaría mirar? —preguntó, dejando escapar una risita falsa—. Ya sabes cómo son los fotógrafos, Conrad. Siempre buscando algún cotilleo sobre mí.

Lily se acercó a la ventana. No había nadie en la puerta del hotel.

—No veo a nadie.

Brittany se levantó del sofá de forma muy poco elegante y corrió a su lado.

—¿No? —su rostro se ensombreció al ver que decía la verdad—. Pero les dije... le dije a mi publicista que alejara a los fotógrafos y supongo que lo ha hecho.

Me alegro —añadió, aclarándose la garganta—. ¿Me perdonas un momento mientras... voy a arreglarme un poco, Conrad?

Brittany entró en el cuarto de baño, pero Lily se percató de que antes de hacerlo había sacado el móvil del bolso.

—¿Eso es todo? —preguntó.

El príncipe Conrad estaba mirando hacia la ventana y,

evidentemente, no había visto a Brittany tomar el móvil.

—¿Ha habido fotógrafos en la puerta esta noche?

—No que yo sepa.

—¿Alguien del hotel ha informado a los medios de mi llegada?

—No que yo sepa.

—Ya —el príncipe Conrad miró hacia la puerta del baño—. Por favor, no me pasen llamadas esta noche.

—Muy bien. ¿Algo más?

—No.

—Si necesita algo, marque el cero y lo atenderán en recepción.

—¿Usted?

—Yo soy una de las empleadas.

—Entonces, ¿no debería saber su nombre?

—Pues... sí, pero puede que yo no esté aquí. Si no estoy, lo atenderá cualquier otra persona.

—¡Conrad! —lo llamó Brittany desde el baño.

—Gracias. Buenas noches —se despidió el príncipe.

Lily salió de la suite pensando que el príncipe Conrad debería tener mejor gusto con las mujeres. Por otro lado, tal vez no hubiera muchos hombres que prefirieran la sustancia a la apariencia.

Y si lo que decían de él era cierto, no era un hombre interesado en la sustancia.

Lily miró su reloj. Era más de medianoche. Tenía que estar de vuelta en el hotel en seis horas de modo que, otra vez, no tenía sentido irse a casa.

Especialmente cuando había varios empleados con gripe.

Otra noche en la oficina. Afortunadamente, era tan cómoda como cualquier habitación del hotel. Gerard quería lo mejor y le daba igual que fuera para los clientes o para los empleados; el mejor sofá, la mejor cama o el mejor cubo de basura.

Lily se detuvo un momento en el almacén para tomar una manta y luego, por fin, se quitó los zapatos y se dejó caer sobre el sofá. Estaba agotada.

No sabía cuánto tiempo había estado así, le pareció que unos segundos, pero podría haber sido una hora, cuando sonó el teléfono. Suspirando, descolgó e intentó fingir que estaba despierta.

—¿Sí?

—Parece que ha habido un problema de seguridad —era el

príncipe Conrad.

Lily se puso en alerta de inmediato. ¿Un problema de seguridad? ¿Alguien habría entrado en su habitación? ¿Lo habrían amenazado?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quiere que llame a la policía?

—No, son fotógrafos. Están fuera.

—¿Eh? Muy bien, haré que los de seguridad se libren de ellos.

—Lo que realmente necesito es que mi invitada pueda salir del hotel sin que la vean. Lo antes posible.

—¿Qué?

—Mi invitada, la señorita Oliver, tiene que irse. Y usted tiene que conseguir que nadie la vea. A pesar de lo que dijo antes, sí hay cámaras en la puerta y no quiero ver fotografías de mi invitada saliendo del hotel en los periódicos de mañana.

Capítulo 2

VOY ENSEGUIDA —Lily colgó el teléfono y murmuró una palabrota. No estaba de humor para aquello, por muy rico, muy famoso y muy poderoso que fuera el príncipe Conrad. No estaba de humor para eso.

La falta de sueño estaba empezando a afectarla.

De modo que salió a la puerta del hotel, donde un grupo de unos cinco fotógrafos esperaba, con expresión aburrida o cansada, fumando cigarrillos y comiendo donuts.

—¿Qué están haciendo aquí? —les espetó.

—Nos han dicho que Brittany Oliver está aquí con el príncipe Conrad de Ladidalandia —contestó uno de ellos, apagando el cigarrillo en la verja de la entrada—. ¿Qué pasa, son pareja?

—No sé de qué está hablando. Pero sé que los clientes del hotel Montclair no quieren ser molestados.

—Mire, señorita —dijo otro de ellos—. Sólo estamos haciendo nuestro trabajo, como usted. Brittany Oliver ya no es noticia y esto podría ser una trampa de su publicista para que vuelva a salir en los papeles. Pero sabemos que el príncipe Conrad está aquí para un evento de Naciones Unidas, así que olvídese de Brittany Oliver. ¿Está aquí el príncipe sí o no?

—No lo conozco —contestó Lily, con tanta sinceridad que casi se convenció a sí misma.

—¿No ha oído hablar del príncipe de Beloria?

—No, lo siento.

—Su padre murió hace unas semanas y ha venido para presidir una cena benéfica y aceptar un premio de Naciones Unidas. Ha oído hablar de Naciones Unidas, ¿no?

—Vagamente —sonrió Lily.

—Dicen que se aloja aquí porque es donde su padre solía alojarse cuando venía a Nueva York… cuando éste era un hotel importante.

—Pues se equivoca —replicó ella, negándose a morder el azuelo que le tendía el avispado fotógrafo—. Pero pueden hacer todas las fotografías que quieran del hotel. Es precioso, ¿verdad?

El fotógrafo se volvió hacia un compañero.

—No va a decirnos nada.

—No sé. Si estuviera aquí, su obligación sería no decírnoslo de

todas formas.

—Pueden hacer fotografías del hotel. Y si sacan la marquesina, mejor. Pero no pueden quedarse aquí porque los clientes no se sienten cómodos. Por favor, no me hagan llamar a la policía —les advirtió Lily.

—Olvídelo —dijo la única fotógrafa del grupo—. No pienso esperar aquí toda la noche para hacerle una foto a Brittany Oliver. Y me da igual ese príncipe o cuántas mujeres se hayan vuelto locas por

él.

Varios fotógrafos empezaron a guardar sus cámaras.

—Gracias —sonrió Lily.

—Yo no pienso moverme de aquí —dijo uno de ellos, sin embargo—. Una foto de Su Alteza Real de como se llame con una actriz vale mucho dinero.

Esto causó un pequeño revuelo entre los fotógrafos. Lily sabía que seguir insistiendo haría que sospecharan, de modo que se limitó a decir:

—Muy bien, pero aléjense de la puerta o llamaré a la policía.

Luego volvió a entrar en el hotel, intentando trazar un plan B. Y para cuando llegó frente a la suite del príncipe Conrad había decidido que la mejor manera de que Brittany Oliver pasara desapercibida era hacerla salir por la puerta principal.

—Podría ponerse un abrigo y un sombrero y uno de los empleados la recogería en la puerta —sugirió.

—¿No están los fotógrafos esperándome? —preguntó la actriz. Por su tono, Lily pensó que un «no» sería para ella más decepcionante que un «sí».

—Sí —concedió—. Y por eso cuando salga por la puerta principal no se fijarán en usted. Estarán buscando a alguien que intente pasar desapercibido o que salga por la puerta de atrás.

Conrad sonrió.

—Sí, tiene razón. Yo creo que es buena idea.

Lily se quedó desarmada por esa sonrisa. Pero se dijo a sí misma que era por lo inesperada no porque fuera tan increíblemente guapo.

Brittany miró de uno a otro.

—¿Y si alguno de los fotógrafos me reconoce?

—Entonces le harán una fotografía y especularán sobre si mantiene usted una relación con un hombre que podría o no estar aquí.

Esto pareció satisfacer a la actriz.

Pero no así al príncipe, que no dijo nada, pero la miró con el ceño arrugado.

—¿Debo llamar a Mike para que vaya a buscarla con el coche? —preguntó Lily.

—Sí, de acuerdo —contestó Brittany, prácticamente dando palmas—. Esto podría ser muy divertido.

«Divertido», pensó Lily. Pues esa diversión le estaba quitando horas de sueño.

—Muy bien, nos encontraremos en el vestíbulo. Sería mejor que usted se quedara en la suite, Alteza.

—No estoy acostumbrado a esconderme.

No, seguramente estaba acostumbrado a esconder a sus citas.

—Deberías quedarte aquí, Conrad —dijo Brittany—. Si sales y les dices que sólo somos amigos o algo así sólo echarás leña al fuego.

Podría ser un truco de la luz, pero Brittany parecía esperar que no le hiciera caso.

Pero el príncipe Conrad se encogió de hombros.

—Lo que tú quieras. Gracias por venir esta noche. Agradezco mucho tu ayuda.

Lily contuvo un suspiro. ¿Así era como le daba las gracias por un íntimo téte

—á—téte?

—Yo también me alegro de haber venido —Brittany le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla, apretándose contra él de forma descarada.

Conrad fue el primero en apartarse.

—Por favor, vuelva para decirme si la señorita Oliver ha salido del hotel sin problemas.

Lily suspiró. Debería estar durmiendo, pero el cliente siempre era lo primero.

—Seguro que todo saldrá bien.

Luego salió de la suite y, después de llamar a Mike, esperó a Brittany en el vestíbulo.

—Tenemos varios abrigos que los clientes nunca han reclamado. Podría usar uno de ellos…

—No pienso ponerme algo que pertenece a un extraño —replicó la actriz, malhumorada—. Tengo mi propio abrigo.

Lily miró el abrigo de visón que llegaba hasta el suelo.

—Pero con un abrigo más discreto sería fácil pasar desapercibida…

—Si me reconocen yo no puedo evitarlo —y, por su forma de decirlo, estaba claro que contaba con ello—. El príncipe Conrad y yo vamos a tener que… vernos a menudo, de modo que habrá que acostumbrarse.

Lily estaba segura de que Brittany se encargaría de ello.

—El conductor está en la puerta, pero me temo que ya veo a los fotógrafos —

le dijo, para deshacerse de ella.

—¿Ah, sí? —Brittany Oliver se volvió, encantada, hacia la puerta para hacer su gran entrada. 0 gran salida.

Y Lily, suspirando, volvió a tomar el ascensor para confirmarle al príncipe Conrad que la actriz había subido al coche sin contratiempos. 0 eso esperaba.

El fotógrafo tenía razón sobre una cosa: el hotel Montclair había sido importante una vez, muy popular entre la aristocracia y los altos dignatarios mundiales, pero desde el 2001 el negocio había ido cayendo en picado y, por el momento, no parecía que eso fuera a cambiar.

Habían hecho promociones, paquetes de fines de semana románticos y muchas cosas más, pero necesitaban algo que hiciera al hotel interesante otra vez.

Brittany Oliver no iba a conseguirlo, por supuesto, pero quizá sí el atractivo príncipe Conrad.

Ella haría lo que fuera para proteger su privacidad, pero esperaba que los fotógrafos hubieran sacado la marquesina del hotel…

Seguramente, Gerard esperaría lo mismo, pero ninguno de los dos lo diría en voz alta.

Cuando llegó a la suite del príncipe, él parecía tan cansado como ella.

—¿Se ha ido?

—Sí, hace unos minutos. Y me parece que no había fotógrafos.

—Mejor. Agradezco mucho su discreción —dijo él, mirándola con esos ojazos azules.

—Sólo estoy haciendo mi trabajo.

—¿Y cuál es su trabajo, exactamente?

—Soy la ayudante del director... pero me encargo de casi todo.

—No estoy acostumbrado a los hoteles pequeños. ¿Eso significa que su trabajo consiste en hacer lo que haga falta para que los clientes tengan lo que necesitan?

—Dentro de un orden —contestó Lily, levantando una ceja. Algo le decía que aquel hombre iba a decir algo que no le gustaría nada.

—Creo, señorita...

—Tilden, Lily.

—¿Tildenlily?

—No, Lily Tilden —sonrió Lily. El príncipe hablaba su idioma perfectamente, pero a menudo le decían que ella hablaba muy deprisa—. Lily Tilden.

—Señorita Tilden —dijo él entonces con esa voz tan ronca, casi magnética—.

Me temo que podría estar metida en un lío.

Lily tragó saliva. Le daba vergüenza admitir que aquel hombre la ponía nerviosa. Y ella nunca se ponía nerviosa.

—¿Y eso?

—La mujer de mi padre puede ser... ¿cómo lo diría? Exigente. No va a poder descansar mientras ella esté aquí y me gustaría ofrecerle mis disculpas por adelantado.

—Ah, bien. Gracias por la advertencia, pero creo que podré soportarlo.

—Desde luego —el príncipe se encogió de hombros, como diciendo «ya le he advertido»—. Buena suerte, señorita Tilden.

Ella sonrió.

—Parece usted creer que voy a necesitarla.

Él sonrió también, una sonrisa de estrella de cine.

—En lo que se refiere a la mujer de mi padre, todos necesitamos suerte.

Lily iba a marcharse, pero se detuvo un momento.

—No quiero ser impertinente...

—Diga lo que quiera.

—Pues bien, la princesa Drucille hablaba con mucha autoridad cuando dijo que usted esperaba la cena, pero por lo visto… no era correcto.

—Así es.

—Mi pregunta es… en el futuro, cuando dé instrucciones que se refieran a usted, ¿deberíamos…?

Lily no terminó la frase. No era fácil preguntarle a un príncipe si a su madrastra «no había que hacerle ni caso».

—Si necesito algo, lo pediré yo mismo —dijo Conrad—. No acepten la palabra de otro.

Ella suspiró, aliviada.

—Muy bien. Se lo haré saber a los demás empleados.

El príncipe asintió solemnemente.

—Se lo agradezco. Si alguien llamara a mi puerta cada vez que Drucille pronuncia mi nombre no podría pegar ojo.

Capítulo 3

PARA sorpresa de nadie, especialmente de Lily, al día siguiente todos los periódicos mencionaban a Brittany Oliver y al príncipe Conrad. Había fotos, pero en ninguna de ellas podía identificarse el hotel. Lily decidió no decírselo a Gerard, pero daba igual porque él mismo se había dado cuenta.

—Habría estado bien —murmuró, pasándose una mano por el pelo gris—.

No sé cuánto tiempo podremos seguir en el negocio si esto no prospera.

A Lily se le encogía el corazón al verlo tan deprimido. Gerard Von Mises había trabajado mucho durante toda su vida y ahora empezaba a pensar que todo había sido en vano.

—Todo se arreglará, ya verás —intentó animarlo. Pero ella, como Gerard, estaba perdiendo la esperanza.

No estaba preocupada por ella misma. Podría encontrar trabajo en cualquier otra parte y a menudo había pensado irse a Europa o a Japón. Pero aquello era la vida de Gerard, que había puesto todo su corazón en cada detalle del hotel Montclair.

—Seguro que sí —asintió él—. Siempre hemos salido adelante.

Lily miró el registro, con un buen número de habitaciones vacías.

—Claro que sí.

Entonces sonó el teléfono.

—Perdona. El deber me llama.

—Eso es lo que me gusta oír.

Era Stephan, uno de los escoltas del príncipe, llamando para preguntar por la seguridad en el perímetro del hotel. Lily le explicó las diferencias en las leyes americanas sobre traspaso de propiedad privada, el vestíbulo y la entrada, y el acceso a la vía pública, la acera, y luego descubrió que no era tanto una preocupación del príncipe como de su equipo de seguridad.

Al príncipe Conrad, por lo visto, no le gustaba llevar escolta. Pero Stephan, que había trabajado con su padre, sabía que era absolutamente necesaria.

Después de asegurarle que el hotel era seguro, Lily le dio el nombre de una empresa de seguridad en la que podía contratar más personal si lo creía necesario.

Personalmente, no le gustaba tener un montón de guardaespaldas dando vueltas por el hotel, pero no podía decirle que estropeaban el entorno.

Después de colgar, recibió tres llamadas en rápida sucesión: lady Ann, que quería unos aperitivos que sólo podían comprarse en un supermercado de la ciudad, Kiki Von Elsborn, que necesitaba el nombre del director de los grandes almacenes Melborn's porque uno de los dependientes la había acusado

«injustamente» de robar cuando ella salió de la tienda llevando puesta «por accidente» una pashmina de cachemir y Portia Miletto, una rica italiana que se había dejado el bolso en un taxi y necesitaba que lo recuperase urgentemente.

Para hacer todos esos encargos necesitó media tarde.

Cuando por fin volvió de la sastrería del hombre que había encontrado el bolso de Portia Miletto, al que dio cincuenta dólares de propina, estaba agotada.

Pero cuando recibió una llamada desde la suite del príncipe Conrad, el cansancio se le pasó como por ensalmo.

—Gracias por venir, señorita Tilden.

—De nada. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él la miró, muy serio.

—¿Podría entrar un momento y tomar una copa conmigo?

Lily se quedó de piedra. Estaba acostumbrada a que algunos clientes coqueteasen con ella... pero esos clientes solían ser mucho mayores y mucho menos atractivos que el príncipe.

—Necesito su ayuda.

—Ah, muy bien. Dígame.

—Por favor, entre —insistió el príncipe Conrad, llevándola hasta el salón de la suite que Lily conocía como la palma de su mano—. Siéntese —sonrió, ofreciéndole una copa de champán.

—No puedo, estoy trabajando.

—La mayoría de las mujeres no rechazan una copa de champán.

—Seguro que hay muchas cosas que las mujeres no rechazan cuando usted se las ofrece.

El príncipe sonrió, estudiándola.

—No tiene usted ningún respeto especial por mi posición, ¿verdad, señorita Tilden?

—Respeto por igual a todos nuestros clientes.

—Buena respuesta. Su sinceridad resulta refrescante.

Lily se puso colorada como una colegiala.

—¿Para qué me necesitaba, Alteza?

—Verá, es un poco... fastidioso —empezó a decir él—. Éste es un asunto que requiere la máxima discreción.

Lily empezó a temerse lo peor. ¿Habría matado a alguien? ¿Necesitaba que lo ayudase a librarse del cadáver?

—¿Qué es?

—Brittany Oliver.

Una pena. No había matado a nadie. Casi desearía que lo hubiera hecho...

habría sido más fácil que lidiar con Brittany Oliver.

—¿Sí?

—Bueno, verá... creo que está decidida a volver a verme. En otras palabras, creo que podría volver por el hotel.

Lily no sabía qué decir. Por un lado, estaba segura de que era así y más segura de que Brittany Oliver podría convertirse en una pesadilla. Por otro lado, le molestaba que, después de haber pasado un buen rato con ella haciendo a saber qué, ahora el príncipe intentase darle esquinazo.

—¿Qué quería pedirme?

—Que si la señorita Oliver llama o aparece por aquí le diga que no estoy.

Muy feo, pensó Lily. Pero era parte de su trabajo, mientras no tuviera que involucrarse personalmente.

—En otras palabras, quiere que ponga un cartel de «No molestar» en su puerta.

—Sí. Siempre que se trate de la señorita Oliver.

—Es normal comprobar si el cliente quiere recibir llamadas, Alteza, pero no solemos seleccionarlas. Quizá lo que necesita sea un secretario privado que se encargue de esas cosas.

—Mi secretario no me ha acompañado en este viaje y no puedo confiar mis asuntos privados a nadie. Por eso pido su ayuda... porque me encuentro en la posición de tener que confiar en usted.

—No sé si me siento cómoda con eso.

—¿Tiene que sentirse cómoda?

Lily lo miró, irritada.

—Alteza, con todo respeto, mi trabajo no incluye eliminar a las

admiradoras de los clientes, sean quienes sean.

Él pareció divertido.

—Y si la persona en cuestión fuera un hombre en lugar de una mujer... ¿qué haría si le pidiera que no me pasara las llamadas de un reportero pesado?

La había pillado. Eso era algo que Lily haría encantada.

—Eso es diferente.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—Pues... para empezar, porque eso sería invadir la privacidad del cliente. Eso es lo que intentamos evitar en el hotel Montclair.

—¿Y quién dice que las llamadas de la señorita Oliver no sean una invasión de mi privacidad?

—Anoche tuvo una cita con ella —contestó Lily, que inmediatamente lamentó haberlo dicho. Afortunadamente para ella, el príncipe Conrad no se mostró ofendido.

—¿Una cita? —repitió, levantando una ceja.

—¿No se llama así en su país?

—No.

—Sí, bueno, en cualquier caso no es asunto mío...

—No, no lo es.

—Pero hablando como mujer, podría ser muy incómodo para mí tener que librarme de la señorita

Oliver después de que pasara la noche con usted. El príncipe sonrió, pero parecía impaciente. —Yo no diría que «pasó la noche conmigo», señorita Tilden.

—En fin, sé que no es asunto mío...

—No.

—Pero no me siento cómoda teniendo que mentir por otra persona.

—¿Es una mentira decirle que no puedo ponerme al teléfono?

Lily suspiró.

—Muy bien, haré lo que pueda.

—Seguro que lo hará estupendamente.

Lily vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Se porta usted así con todas sus novias cuando pierde interés por ellas?

—¿Se porta usted así con todos los clientes? —replicó él.

—Depende de las circunstancias.

—Ah, pues a mí me pasa lo mismo. Aparentemente, dijera lo que dijera siempre le ganaba por la mano.

—De acuerdo, usted gana. Haré todo lo que pueda.

Lily se levantó, pero él la detuvo.

—Quiero hacerle una pregunta, señorita Tilden.

—¿Sí?

—¿Se pone usted así de difícil cada vez que un cliente le pide algo?

Ella sonrió.

—No me gusta hacer que otras personas se sientan rechazadas.

El príncipe pareció pensarlo un momento.

—Probablemente, ésa es una cualidad admirable.

—Gracias. ¿Quiere alguna cosa más?

—No.

—Muy bien entonces. No dude en llamar si necesita algo.

Cuando salió de la habitación se sentía tan irritada con el príncipe como consigo misma. ¿Qué le pasaba? Le habían pedido que hiciera cosas mucho más ridículas y nunca le había molestado. Además, no pasar llamadas era algo que hacían frecuentemente en el Montclair. ¿Por qué le había molestado tanto? Ella no era fan de Brittany Oliver...

Negarse a no pasarle las llamadas de la actriz había sido algo personal y eso era ridículo.

Mientras volvía a la oficina se dijo a sí misma que se sentía ofendida no como empleada del hotel sino como mujer. No le gustaba despachar a Brittany Oliver sólo porque el príncipe se hubiera cansado de ella.

Aunque estaba segura de que Brittany había llamado a los fotógrafos.

Y tener que lidiar con los fotógrafos le había llevado mucho más tiempo que no pasar una llamada...

No, se dijo a sí misma, de todas formas no estaba bien pedirle que le quitara de encima a la actriz.

La mañana siguiente estuvo repleta de peticiones del séquito real, desde tratamientos de spa a desfiles de modelos privados para la princesa Drucille y lady Ann o comidas para Stephan y los demás

escoltas porque no podían salir del hotel.

Y por si eso no fuera suficiente, también había numerosas peticiones de la baronesa Kiki Von Elsbon, que hacía lo imposible por enterarse de dónde pensaba almorzar el príncipe, dónde iba cuando salía del hotel… Era tan transparente que podría haberla divertido si no estuviera atendiendo tantas peticiones.

Por la tarde, Lily fue a visitar a Bernice Dorbrook, que era una cliente encantadora. Bernice, una mujer del Medio Oeste que siempre decía lo que pensaba, era una millonaria excéntrica que había disfrutado de la amistad de algunas de las personas más famosas de la historia reciente. Sus anécdotas sobre Cary Grant y Mirna Loy eran siempre divertidas y una de las cosas que más le gustaban en el mundo era una buena sesión de cotilleos.

—Tengo entendido que hay miembros de la realeza en el hotel —le dijo, mientras cerraba la puerta—. ¿El príncipe Conrad de Beloria? Cuéntamelo todo.

Capítulo 4

LILY sonrió, impaciente.

—Sí, ha oído bien. Su Alteza está en la planta de arriba.

—¡Ooooooh! —Bernice juntó las manos—. Y veo que lo encuentras interesante. Cuéntame todo lo que sepas.

—Señora Dorbrook... —empezó a decir Lily, sonriendo ante el entusiasmo de la otra mujer—. Yo no encuentro interesante al príncipe Conrad.

Bernice Dorbrook levantó una ceja para estudiarla.

—Te conozco desde hace cinco años, querida. Nunca te había visto tan exasperada con nadie. El príncipe Conrad lleva aquí apenas veinticuatro horas y ya te ha sacado de quicio. Eso es que te interesa.

Cielos, tenía razón. Lily no solía enfadarse con nadie, especialmente con los clientes. ¿Qué tenía el príncipe Conrad que la ponía de los nervios? Era absurdo. Y, francamente, estaba ocurriendo en el peor momento. Gerard necesitaba al príncipe porque veía su visita como un posible resurgimiento del hotel Montclair y ella tenía que poner todo de su parte para que así fuera.

—¿Es tan atractivo como en las fotografías? —preguntó Bernice —. ¿Alto, moreno, guapo?

—Es... —no tenía sentido negarlo. Era la absoluta definición de alto, moreno y guapo—. Es atractivo... a su manera: alto, moreno, un príncipe europeo, ya se puede imaginar.

—Y esos ojos —dijo Bernice, suspirando—. Tan azules como los de Paul Newman.

Lily sonrió.

—Casi. Pero es un tipo muy arrogante.

—Como a mí me gustan —dijo la señora Dorbrook, moviendo cómicamente las cejas—. Y no soy la única que piensa eso.

—No, seguramente no.

—¿Sabes que conocí a su padre hace muchos años?

—No, no lo sabía. ¿Cómo era?

—Un hombre maravilloso. No tan guapo como su hijo, ni mucho menos, pero tenía un corazón tan grande que una no se fijaba en eso. Le importaba todo el mundo, especialmente la gente más desfavorecida.

—¿También conoció a su mujer? —preguntó Lily, fascinada.

—No mucho. Era una mujer muy callada que quería mucho a su hijo, pero apenas hablaba en público. Siempre pensé que estaba enferma. Creo que tuvo fiebres reumáticas de niña o algo así. En fin, durante toda su vida tuvo el corazón débil y cuando murió repentinamente, la verdad es que no me sorprendió demasiado.

—Qué pena. Yo creo que a su hijo le habría venido bien la influencia de una madre. Quizá así tendría más respeto por las mujeres.

Bernice la estudió durante un momento.

—0 sea, que está dándote muchos problemas, ¿no, cariño?

—Toneladas.

—Ah.

Lily arrugó el ceño, aunque conocía a Bernice Dorbrook lo suficiente como para saber lo que estaba pensando. Y también la conocía lo suficiente como para bromear con ella.

—¿Qué quiere decir con ese «ah»?

—¿Yo? —Bernice se llevó una mano al pecho, con gesto de sorpresa—. Yo sólo estaba haciendo... una observación.

—¿Y cuál es esa observación exactamente?

La señora Dorbrook se encogió de hombros.

—Que tú serías una princesa encantadora.

Si Lily hubiera estado bebiendo agua en ese momento se habría atragantado.

—¿Una qué?

—Me has oído, una princesa encantadora. La princesa Lily de Beloria.

Lily soltó una carcajada.

—Por favor... le aconsejo que no apueste dinero por mí. Mientras no termine en la cárcel por asesina me doy por satisfecha.

—¿Lo ves? Por eso lo sé. Nunca me he casado con un hombre al que no hubiera querido asesinar. Así es como se sabe que va a ser una relación apasionada.

—Oh, Bernice —Lily le puso una mano en el hombro—. Créame, en este caso no va a haber ni asesinatos ni matrimonios. La verdad es que estoy deseando que el príncipe Conrad se vaya del hotel.

—Ya veremos. Mientras tanto, cuéntamelo todo. Me encanta cotillear sobre los miembros de la realeza.

—Desgraciadamente, no es usted la única —suspiró Lily, antes

de contarle lo de los reporteros que intentaban conseguir una fotografía de Brittany Oliver—.

Tengo la impresión de que Brittany Oliver no va a ser la única candidata a princesa que pase por aquí.

—Quizá no —asintió Bemice—. Pero tú tienes cosas más importantes de las que ocuparte.

—¿Se refiere al príncipe Conrad?

—No, me refiero a la princesa Drucille. 0 más bien... —Bernice se detuvo un momento, como esperando un redoble de tambor—, Drucille Germorenko, como se la conocía en mi época.

Lily se quedó sorprendida.

—¿La conoce?

—Vagamente —contestó la señor Dorbrook—. Lo suficiente como para saber que es una mujer que siempre se sale con la suya. Tiene complejo de reina y, si no me equivoco, ser princesa no es suficiente para Drucille Germorenko.

—¿No?

—Cuidado con ella. Te lo aseguro, es mejor que no te pongas en su camino.

Al día siguiente, Lily empezó a entender lo que Bernice había querido decir sobre la madrastra del príncipe Conrad.

El día había empezado con una complicada petición de la princesa Drucille: quería que llamase al peluquero más famoso de Nueva York para que le arreglase el pelo a ella y a su hija en la suite. El precio, le dijo la princesa, no tenía importancia; y fue esa frase la que, por fin, consiguió que Francois Labeaux aceptase acudir al Montclair.

En cuanto hubo conseguido aquel pequeño milagro, recibió otra llamada de la princesa, esta vez pidiendo que enviara una segunda doncella para limpiar una mancha que la primera había dejado en el picaporte.

Era sorprendente imaginar cómo Drucille había visto la mancha, pero Lily sospechaba que había estado buscándola a propósito.

Y así todo el día. Cada vez que había un problema en la suite de la princesa, por pequeño que fuera, ella tenía que acudir al rescate. Cuando, por la tarde, recibió una nueva llamada estuvo a punto de no contestar, pero su trabajo consistía en atender a los clientes de modo que, suspirando, descolgó el teléfono.

Pero no fue la princesa quien contestó sino el príncipe Conrad.
—Por favor, suba a mi habitación.
—¿Qué ocurre?
—Es un tema delicado. Tengo que hablar con usted en privado.
—Muy bien. Subiré enseguida.
Cuando atravesaba el vestíbulo, Lily vio a una mujer con cara de caballo que no podía ser más que lady Penélope, registrándose en recepción. Y cuando la oyó hablar con ese afectado acento británico estuvo segura de que tenía que ser la hija de un duque.
De modo que aquella mujer era la que la princesa Drucille tenía en mente para su hijastro...
Una pareja imposible. El instinto le decía que no era una mujer por la que el príncipe Conrad pudiera sentirse interesado. Fuera su aspecto físico, no demasiado agraciado, o su actitud superior, Lily no sabía por qué estaba tan segura.
Pero estaba segura.
Pasó por delante del mostrador de recepción sin decir nada y tomó el ascensor pensando en la conversación que la princesa Drucille había mantenido con la columnista del New York Tattler. ¿Qué estaría tramando la madrastra de Conrad? ¿Y a quién iba a ocultarle su plan si pensaba publicarlo en un periódico?
Lily estaba asombrada de la cantidad de secretos que tenía que ocultar con aquellos dos clientes. Claro que eso era parte de su trabajo. A veces había tenido que atender a un marido y su mujer que, sin saberlo, estaban alojados en la misma planta del hotel.
Pero aquello era diferente. Era... más difícil. Aunque no sabía por qué.
Cuando llamó a la puerta de la suite, él abrió casi de inmediato.
—Esto estaba en el candelabro —dijo, mostrándole algo que llevaba en la mano.
—¿Qué es? —preguntó Lily.
El príncipe Conrad lo dejó sobre la mesita de café y el objeto salió rodando como si fuera una canica.
—Un micrófono.
—¿Un micrófono? Aquello era increíble.
—Exactamente.
—¿Alguien ha puesto un micrófono en su habitación?
—¿Usted no lo sabía?

—Pues claro que no lo sabía. ¿Por qué iban a poner un micrófono en su habitación?

—Eso eso lo que esperaba que usted me explicase.

—No tengo ni idea...

—Eso es lo que imaginaba que diría, desgraciadamente.

El asombro de Lily se convirtió en recelo. No estaba preguntándole si sabía algo, estaba preguntándole qué sabía.

—¿Qué quiere decir?

—Que alguien ha puesto un micrófono en mi suite, de modo que, evidentemente, éste no es un hotel seguro.

—Éste es un hotel seguro...

—Pero alguien ha entrado en la suite y ha colocado un micrófono.

—¿Está pensando en alguien en particular?

El príncipe Conrad levantó una ceja.

—Hace dos noches, después de que usted entrase en la suite y viera a la señorita Oliver, los fotógrafos aparecieron en la puerta del hotel.

—Sí, pero ya habíamos:..

—Y hoy ese micrófono prácticamente me ha caído encima. Podría haber creído que los fotógrafos eran cosa de Brittany, pero esto... nadie tiene acceso a mi habitación excepto los empleados del hotel.

Y la señorita Oliver, pensó Lily, pero se lo guardó para sí misma. No podía acusar a Brittany Oliver porque no tenía pruebas.

—¿Y bien? —preguntó el príncipe.

—¿Y bien qué? ¿Qué quiere decir?

—Quiero saber si tiene usted una explicación razonable para esto.

—Pues...

¿Qué podía decir? Aunque Brittany Oliver era una pésima actriz, no podía acusarla de poner un micrófono en la habitación porque no tenía pruebas.

Además, ¿por qué iba a hacer algo así?

¿Quién tendría interés en grabar las conversaciones del príncipe? Un periodista quizá. ¿Caroline Horton? Pero no podía saber si la conversación que había oído en la suite de la princesa tenía algo que ver con aquello...

De hecho, no podía decir nada de la conversación porque su trabajo consistía en ser discreta, no en repetir cosas que hubiera oído en las habitaciones.

Por mucho que hubiera oído.

De modo que tenía que guardarse sus sospechas, aunque eso significara incriminarse a sí misma.

—¿Qué? —preguntó el príncipe, sus ojos azules echando chispas.

—Lo siento, pero no puedo darle una explicación.

Ahora, cuando Gerard estaba más preocupado que nunca por el futuro del hotel, no era el mejor momento para irritar al cliente más importante.

—¿No?

—No tengo ni idea de cómo ha llegado aquí ese micrófono.

Conrad sacudió la cabeza.

—Entonces, reconoce que en este hotel hay problemas de seguridad. Y que algún empleado podría estar involucrado en esto por dinero.

Aunque no la había acusado a ella en particular, sería fácil tomárselo como algo personal. Y, de todas formas, Lily estaba exasperada.

—Mire, Alteza, puede que usted sea una persona muy importante en su país y, desde luego, es cliente de este hotel y se merece un respeto, pero no tiene usted derecho a hablarme de esa forma.

—Entonces, quizá debería hablar con su jefe.

Lily se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera. Pero dudo que él pueda darle una explicación.

Podemos aumentar la seguridad... incluso llamar a un especialista para que venga a comprobar si hay más micrófonos si así se siente más seguro. Y también podría hacerle un informe de dónde he estado desde que usted llegó al hotel Montclair.

No será difícil considerando que todo mi tiempo ha estado dedicado a acomodar a su familia y sus amigos —él la miraba, de brazos cruzados, esperando que terminase—. Pero si de verdad le preocupa su intimidad, sugiero que elija a sus acompañantes con más cuidado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada en absoluto.

—Señorita Tilden, es usted exageradamente atrevida.

—No suelo serlo. Y ahora, si me disculpa, tengo que atender a otros clientes.

Lily no esperó respuesta. Sencillamente, salió de la habitación y se dirigió al despacho de Gerard para que la despidiera del mejor puesto de trabajo que había tenido nunca.

Capítulo 5

CONRAD la vio salir con una mezcla de irritación y admiración. Pero al final ganó la admiración. No había vivido mucho tiempo en Estados Unidos, de modo que no conocía bien a las mujeres norteamericanas. Quizá todas fueran así... pero nunca había conocido a una mujer que lo tratase de esa forma.

Lily Tilden no sentía el menor respeto por él.

Era... interesante. Frustrante, desde luego, y podía' convertirse en un problema, pero por el momento le resultaba más divertido que otra cosa. No tenía intención de hablar con el propietario del hotel... al menos no para decirle nada negativo sobre ella. No tenía intención de hacer que la despidieran.

De hecho, le gustaría contratarla, aunque sólo fuera para tenerla en la oficina.

Su presencia le recordaría de vez en cuando que no debía tomarse las cosas tan en serio.

Sonriendo, Conrad se acercó a la ventana. Nueva York era un sitio poderoso, lleno de vida, de movimiento. Antes le gustaba la vida de las grandes ciudades, pero últimamente se encontraba echando de menos las tranquilas calles de Beloria.

Especialmente ahora que se acercaba la Navidad, echaba de menos el olor de la madreselva que rodeaba su palacio y las tiendecitas con los tejados cubiertos de nieve.

Cuando era más joven no sabía apreciar la belleza de su país. Sólo estaba interesado en las estaciones de esquí y en las chicas guapas que iban por allí para coquetear con él. El amor de su padre por Beloria era algo que no había entendido hasta más tarde.

Conrad nunca había sentido una gran pasión por nada en su vida, pero respetaba tremendamente a su padre y quería honrar su memoria. Por supuesto, la mejor manera de hacerlo era ser un jefe de estado responsable y hacer lo que pudiera por llamar la atención sobre las actividades solidarias que había llevado a cabo el príncipe Frederick.

Pero tenía que llamar la atención de las grandes empresas, de los gobiernos.

Lo del príncipe playboy se había terminado.

No había sitio en su vida para alguien como Brittany Oliver. Era una chica muy atractiva, aunque ese tipo de mujer estaba dejando

de interesarlo, pero ahora sabía que debía seleccionar cuidadosamente a la gente con la que se le fotografiaba.

Brittany estaba buscando publicidad y sería capaz de crear un escándalo sólo para salir en las revistas.

Y él no podía permitirse algo así. Por eso le había pedido a Lily Tilden que no le pasara sus llamadas.

Pero Brittany tenía razón. Nada era más interesante para las revistas y los periódicos que un sonado romance. Siempre había sido así. Ella quería usar esa publicidad para conseguir papeles, pero él podía usarla para llamar la atención sobre el trabajo de su padre.

Habría preferido hacerlo de otra manera, pero era consciente de sus limitaciones. Conrad sabía que lo único que interesaba al público era su edad, su estado civil y su título nobiliario. De modo que podía hablar hasta quedarse sin voz sobre los proyectos solidarios de su padre, pero a menos que estuviera al lado de alguien que, para los medios de comunicación, fuera una posible princesa de Beloria, no conseguiría mucha publicidad.

Suspirando, Conrad se dio la vuelta, mirando la habitación que iba a ser su base de operaciones durante unos días. Era curioso que aquel sitio le resultara tan familiar; quizá hubiera sido decorado por la misma persona que decoró el palacio de Beloria doscientos años antes. Los muebles y las paredes eran de madera oscura y los cuadros óleos tan anticuados como los candelabros.

Era un sitio cómodo y desconcertante al mismo tiempo.

Conrad sacó de la nevera una botella de agua mineral y, sonriendo, lanzó el tapón a la papelera como si fuera una canasta.

Pero la sonrisa desapareció cuando volvió a pensar en la seriedad de su misión en Nueva York. Tenía que trazar un plan para aprovechar al máximo el tiempo que estuviera allí.

Mientras bebía un sorbo de agua, empezó a pensar en ello...

Si los medios de comunicación querían una historia romántica, les daría algo en lo que pudieran hincar el diente. Tenía que crear la apariencia de un ligero, aunque no escandaloso, romance que llamaría la atención sobre su estancia en Nueva York... para luego desviar esa atención hacia el proyecto solidario.

Pero, ¿quién podría ser la mujer?

Claramente, Brittany Oliver no. Para empezar, sería incapaz de

interpretar el papel, Además, estaba demasiado interesada en su propia notoriedad y le daba igual que la publicidad fuera negativa mientras fuese publicidad.

No, lo que necesitaba era una mujer atractiva pero discreta. Alguien que no tuviera interés en ser famosa. Alguien que estuviera acostumbrada a lidiar con los medios de comunicación y pudiera mantener la calma en una situación estresante...

Lo que necesitaba era una mujer como Lily Tilden.

Durante los días siguientes, Lily empezó a notar algo raro en el séquito real.

La princesa Drucille y lady Ann parecían hacer todo lo posible por poner a lady Penélope en el camino de Conrad.

Cuando el coche del príncipe estaba delante del hotel, lady Penélope aparecía como por arte de magia en el vestíbulo con cara de despistada y, en cuanto Conrad salía del ascensor, le pedía la dirección de algún museo o algún teatro. Él contestaba con educada frialdad, sugiriendo que preguntase al personal del hotel.

0 mejor, que llamara a un taxi.

Cada vez que lady Penélope se acercaba a él, Conrad la rechazaba educadamente; pero ella seguía intentándolo, casi como una niña nerviosa empujada al escenario por su madre.

Luego, una noche, la princesa Drucille convenció a un pobre camarero de que Conrad iba a cenar con ellas. Cuando el príncipe llamó para preguntar dónde estaba su cena, el pobre chico tuvo que decirle que su madrastra le había ordenado que la llevase a su suite...

Esa pequeña trampa estuvo a punto de costarle el puesto al camarero, hasta que Lily le explicó al príncipe que era nuevo y no había sido informado de la situación.

Pero cuando Conrad le contó que lady Penélope había aparecido, junto con la princesa Drucille y lady Ann, en el restaurante en el que estaba almorzando con el director de su fundación en Estados Unidos, Lily empezó a darse cuenta de lo que estaba pasando: lady Penélope y compañía se encontraban «casualmente» con él siempre después de que el príncipe hubiera hecho una llamada desde la suite.

Aunque era muy temprano cuando se le ocurrió,

Lily subió a su habitación y llamó a la puerta.

—¿Hay algún incendio? —preguntó Conrad, restregándose los ojos.

—No, algo peor —contestó ella, sacando una llave del bolsillo—. ¿Puede venir conmigo un momento? —preguntó en voz baja.

—¿Dónde?

Lily lo llevó hasta una habitación vacía al final del pasillo.

—Vaya, señorita Tilden, no pensé que sería tan descarada.

Ella se alarmó, pero cuando lo miró a la cara vio que estaba sonriendo.

—Muy gracioso.

—Bueno, dígame, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Tengo una noticia para usted. Sé que diciéndole esto podría perder mi trabajo, pero si no se lo digo también podría perderlo, así que voy a decírselo de todas formas.

Conrad la miró, confuso.

—Muy bien.

—¿Recuerda el otro día, cuando encontró un micrófono en su habitación?

Él se puso un dedo en la mejilla, como si estuviera pensando.

—Pues... sí, creo que sí.

—Muy bien, muy bien, ya sé que se acuerda. Pues creo que he descubierto lo que pasa.

—Cree que la mujer de mi padre tiene algo que ver con esto.

—Creo que la princesa Drucille y lady Ann podrían tener algo que ver... ¿qué ha dicho?

—Cada vez que llamo para pedir el coche, ellas están esperando en el vestíbulo. Cada vez que llamo para hacer una reserva en un restaurante, Drucille y Ann aparecen como por casualidad.

—Entonces, ¿sabe que son ellas?

—Por supuesto.

Fue un tremendo alivio oírlo decir eso. Era un riesgo hablarle de sus sospechas sobre su madrastra, pero tenía que hacerlo.

—Tenemos que limpiar la habitación de inmediato —dijo Lily, como si fuera una espía rusa—. Conozco a un tipo que trabaja para...

—Ya está hecho —la interrumpió el príncipe.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Anoche. Llamé a un especialista cuando las arpías se fueron a

dormir.

—Ah —murmuró Lily—. Me alegro por usted.

—Gracias por su preocupación, pero me gustaría volver a la cama. Anoche llegué muy tarde.

Lily se había ido a casa cuando él estaba fuera del hotel y ahora se sentía como una tonta pensando dónde habría estado y con quién.

—Sí, claro. Siento haberlo molestado.

—No pasa nada. Buen trabajo, señorita Tilden.

—Usted tampoco lo ha hecho mal.

—Somos un buen equipo, como uno de ésos de las películas: Conrad y Lily.

Ella se encogió de hombros.

—0 Lily y Conrad.

El príncipe sonrió.

—Es usted una joven muy enérgica. No conozco a muchas como usted.

—Y supongo que se alegra.

Él lo pensó un momento.

—Sí, creo que sí. Pero también me alegro de haber conocido a la más adecuada.

«La más adecuada». Por un segundo, no, una fracción de segundo, esas palabras hicieron que el corazón de Lily se pusiera como loco.

Y eso era muy raro.

—Y yo me alegro de haber conocido al único príncipe sincero y espontáneo que seguramente voy a conocer en toda mi vida.

Conrad soltó una carcajada.

—No esté tan segura. Como yo los hay por todas partes. Usted es única.

De nuevo, el corazón de Lily se puso al galope.

Y, de nuevo, se enfadó consigo misma por tan absurda reacción.

—En fin, siento haberlo despertado para nada.

—Al contrario,, señorita Tilden. La verdad es que lo paso bien con usted —

sonrió él, haciendo una leve reverencia—. Despiérteme cuando le parezca. Me han despertado asuntos mucho peores que usted.

Lily no se atrevió a preguntar.

—Si tiene algún problema, dígamelo. Tengo un amigo que es un experto en temas de espionaje industrial… aunque parece que ya lo tiene usted todo controlado.

—Eso espero. Pero, en mi posición, nunca se sabe. De hecho, quizá su amigo debería pasar por aquí para echar un vistazo.

—Lo llamaré —dijo Lily.

—Si me parece necesario, se lo haré saber.

—Ya sabe dónde encontrarme.

—Sí.

Estaban mirándose el uno al otro hasta que, por fin, Lily dio un paso atrás.

—Buenas noches, Alteza —murmuró, dirigiéndose a la escalera para no quedarse esperando el ascensor.

—Buenos días, señorita Tilden.

Capítulo 6

C ONRAD levantó el teléfono varias veces, pero colgó después, sin atreverse.

Podría ser una idea absurda, pero por otro lado... Aunque Lily Tilden era perfecta para el papel: inteligente, despierta, enérgica, guapa.

Si pudiera convencerla, la Fundación del Príncipe Frederick saldría reforzada de su visita a Nueva York. Y también su propia imagen como Jefe de Estado.

Por fin, decidió intentarlo.

Lily contestó personalmente y cuando oyó su voz supo que estaba haciendo lo correcto.

—¿Tiene un momento, señorita Tilden? Necesito hablar con usted.

—Tengo que subirle unas revistas a la princesa Drucille y luego iré directamente a su suite, Alteza.

—Muchas gracias.

Conrad empezó a pasear por la habitación, intentando decidir cómo iba a plantearle el asunto. Pero cuando Lily llamó a la puerta, aún no había encontrado la manera. En fin, tendría que arriesgarse a que le tirase un vaso de agua a la cara.

Al fin y al cabo, tampoco iba a estar allí tanto tiempo.

—Siento haber tardado tanto —suspiró Lily, mirando el reloj. Habían pasado veinte minutos desde que recibió la llamada—. Su madrastra... la princesa Drucille me ha pedido varias cosas más.

—No pasa nada —sonrió Conrad—. La verdad es que la he llamado para pedirle un favor.

—Muy bien.

—En realidad, es una proposición.

—Una proposición —Lily apoyó el peso de su cuerpo en el otro pie y se cruzó de brazos, una clara señal de que estaba preparándose para lo peor—. ¿Cuál?

—Por favor... —el príncipe Conrad señaló el sofá—, siéntese un momento y escúcheme antes de decir nada.

—Me está poniendo nerviosa, Alteza.

—Ya lo veo. Pero pensé que era usted la clase de mujer que nunca se pone nerviosa.

—Normalmente no —sonrió Lily—. Así que será mejor que me

diga lo que quiere.

Conrad decidió decirlo y guardarse las explicaciones para más tarde.

—Necesito una mujer que se haga pasar por mi acompañante durante una semana. Alguien que despierte la atención de los medios... en fin, que se haga pasar por mi última conquista.

Lily levantó una ceja.

—¿Me está pidiendo que le busque... una acompañante?

—No, no —rió Conrad—. No es eso.

—¿Entonces?

—Lo que le estoy pidiendo... —Conrad se detuvo, pensando que aquello sonaría sólo un poco más absurdo que pedirle que le buscara una prostituta—.

Vamos a ver... He venido a Nueva York para acudir a una gala benéfica, ¿sabía usted eso?

—Sí.

—Y luego tengo que recibir un premio de Naciones Unidas.

—Sí, lo sé. El viernes por la tarde, si no me equivoco.

—Así es. Verá... —Conrad juntó las manos, incómodo—. Mi padre no siempre se sintió orgulloso de mi.

Lily pareció sorprendida por esta revelación. —Creo que está siendo un poco duro consigo mismo.

—Quizá. Pero mi padre no quería que un miembro de la familia real de Beloria saliera en los periódicos por sus conquistas amorosas y, desgraciadamente, eso ocurrió muy a menudo.

—¿Indiscreciones de juventud?

El sonrió, avergonzado.

—Algo así.

—Todos tenemos cosas por las que sentirnos avergonzados —comentó Lily, después de una larga e incómoda pausa—. Afortunadamente, en general esas cosas no salen publicadas en los periódicos. Pero tampoco creo que fuera tan horrible.

—Me temo que yo nunca he sido famoso por mi dedicación al trabajo o a las obras solidarias, como mi padre. Pero ser miembro de una Casa Real me ha enseñado qué hacen los medios de comunicación con una persona como yo. La verdad no importa nada y los proyectos benéficos menos. Quieren romances, bodas, escándalos sexuales...

—Sí, lo sé.

—Y si no hago algo rápidamente, me temo que Brittany Oliver va a aprovechar esta oportunidad para montar algún escándalo.

Lily pareció desconcertada.

—¿Y puede... usar algo contra usted?

—¿Qué? Ah, ¿se refiere a una cinta de vídeo o algo así? No, no. Nosotros no hemos... en fin, nuestra relación es absolutamente platónica. Vino a ofrecerse para participar en los proyectos de la fundación. Pero no era verdad, claro.

—Y por eso quiere evitarla —dijo Lily.

—Exactamente. Pero no ha funcionado. Mi equipo me ha traído varias revistas con fotografías de Brittany y noticias que han salido en Internet sobre un supuesto romance.

—Supongo que eso le pasa a menudo.

—Sí, y no suele importarme. Pero el evento de esta semana era muy importante para mi padre y quiero que salga como es debido. Y eso no incluye noticias sobre mí y una actriz... no precisamente relevante.

—¿Y cómo puedo ayudarlo?

—Como he dicho antes, si pudiera salir en los periódicos con una joven anónima que los medios creyeran mi novia... Brittany ya no podría hacer nada.

—Ya veo. En realidad, con el hotel pasa lo mismo. Una pequeña mención en la prensa puede ser mucho mejor que el anuncio más caro.

—Aprecio mucho su comprensión, señorita Tilden —sonrió Conrad.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer yo? —insistió Lily.

—Lo que necesito, señorita Tilden, es una mujer. Una mujer que no busque escándalos y no sea conocida por los medios para que me acompañe al baile benéfico del sábado... y quizá para salir a cenar en un par de ocasiones. Es la única forma de llamar la atención sobre el proyecto.

—Pues no creo que tenga ningún problema para encontrarla. Sólo en el hotel podría encontrar tres o cuatro candidatas...

—No, no lo entiende. Necesito a alguien que quiera hacer el papel sólo durante unos días, alguien que no desee casarse conmigo.

—Ah, necesita una actriz.

—No, una actriz no. Sólo una persona sensata que no esté buscando un romance con un príncipe europeo.

Lily sonrió.

—Ya veo. Pero sigo sin saber cómo puedo ayudarlo. He hecho muchas cosas en este hotel, pero encontrar novias falsas nunca ha sido una de mis obligaciones.

No sabría dónde buscar.

—Yo tengo en mente una persona —dijo el príncipe Conrad.

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo?

—Usted sería perfecta.

—Pero... pero... pero... ¡pero yo ya tengo un trabajo! —exclamó Lily, estupefacta.

—Le pagaré lo que usted quiera. Y sólo serán unos días.

—Si lo hago podría perder mi trabajo —protestó ella, incrédula —. Lo siento, no puedo. No puedo hacer una cosa así.

—Usted misma ha dicho que la sola mención del hotel en los medios vale más que cualquier anuncio.

—Eso es cierto, pero...

—Y no se me ha escapado que el hotel Montclair ha perdido parte de su esplendor.

—Sí, bueno, últimamente estamos teniendo ciertas dificultades...

—¿Por qué no considera mi proposición? Hable con el propietario. Tengo la impresión de que si lo piensa un poco seguramente entenderá que esto nos beneficiaría a los dos.

Lily suspiró.

—Pero, ¿por qué yo? Hay muchas mujeres más acostumbradas a actuar y a acudir a eventos de ese tipo... ¿por qué quiere que sea yo?

—Porque puedo confiar en usted —contestó el príncipe—. No quiero una novia, no quiero un romance... si quisiera eso lo encontraría fácilmente.

—No lo dudo.

—Desgraciadamente, es lo único que hago bien —sonrió él—. Pero le pido su ayuda para llamar la atención sobre una causa noble. Ya sabe cómo son las cosas...

si hablan de mí porque han descubierto que tengo un romance,

tendrán que hablar del proyecto solidario de mi padre...

Lily respiró profundamente.

—Lo siento. Le entiendo, pero no puedo hacerlo.

—Lamento oír eso.

—No es que no quiera ayudarlo —añadió Lily—. Estoy segura de que el proyecto de su padre es una causa muy noble, pero es que no puedo... no puedo hacer lo que me pide.

—Sólo tendría que ponerse a mi lado para salir en la foto y cenar conmigo en alguna ocasión. No creo que eso la comprometiera en absoluto.

—Sí, eso es cierto...

—Es un trato entre dos personas adultas. Y en beneficio de un proyecto solidario, no para ganar nada.

—Lo sé, lo sé, pero...

—En fin, decida lo que decida, quiero que no haya malentendidos entre nosotros.

—No, en absoluto. De verdad me gustaría ayudarlo, pero no se me dan bien esas cosas. Lo mío es estar detrás de las cámaras.

—No se preocupe, la entiendo. Sólo se lo he pedido porque tengo que recibir un premio de Naciones Unidas en nombre de mi padre y sería muy importante para la Fundación Príncipe Frederick que la noticia saliera publicada en todos los periódicos.

—¿Y qué causa defiende esa fundación, por cierto? Lamento no conocerla...

—Ése es el problema. Hay tantas fundaciones, tantas organizaciones solidarias que ya es imposible convertirse en noticia. La nuestra es una fundación que recauda fondos para la investigación de la artritis en persona jóvenes.

—¿Su padre sufría de artritis?

Conrad negó con la cabeza.

—Su hermano pequeño. Fue una cosa muy triste. Nadie sabía cómo tratarla en una persona tan joven y sufrió mucho durante toda su vida. Mi padre nunca lo olvidó y decidió hacer algo.

—Eso está muy bien —murmuró Lily—. Cualquier asociación que haga algo por los demás es digna de elogio. Su padre tuvo una idea estupenda.

El asintió con la cabeza. La muerte de su padre todavía estaba muy reciente y, a veces, cuando pensaba en él, no podía contener la

emoción.

—Mi padre era así: siempre dispuesto a ayudar a la gente. Algunos decían que era un Jefe de Estado demasiado débil... pero sobre todo era una buena persona.

—Algunas personas critican a los que intentan ayudar. Es increíble, pero cierto —sonrió Lily—. Pero usted tampoco está mal. De hecho, quizá no lo sepa, pero creo que se parece a su padre más de lo que piensa.

Conrad sonrió.

—¿Puede poner eso por escrito? Los periódicos no suelen decir eso de mí.

—Bueno, porque es usted un príncipe soltero y guapo. A los periodistas sólo les interesa con quién sale, con quién no sale y a quién engaña con otra.

—¿Le parezco guapo?

Lily se puso colorada.

—No quería decir... bueno, lo que quería decir es... sí, en fin, supongo que no es la primera vez que se lo dicen.

—Es la primera vez que me interesa.

Lily lo miró a los ojos, esos ojazos azules que podrían hipnotizar a cualquiera.

—Tengo que irme. Debo volver al trabajo...

—Gracias por venir, de todas formas.

Ella se levantó, estirándose la falda gris.

—Por favor, no dude en llamarme si necesita algo.

—Puede que lamente haber dicho eso —sonrió Conrad.

—Suele ocurrir —rió Lily.

—Buenas noches, señorita Tilden. Espero que reconsidere mi oferta.

—Lo pensaré. En serio. Pero no puedo prometerle nada —contestó ella, apartando la mirada porque si seguía mirando esos ojazos le diría que sí a lo que él quisiera—. Como he dicho, seguro que encontrará otra candidata mejor que yo.

—Usted sería perfecta.

Podría haber jurado que se ponía colorada antes de salir de la suite. Pero enseguida se volvió.

—Recuerde que puede llamarme para lo que quiera. Entradas para el teatro, reservas, fiestas en la suite, ese tipo de cosas.

—Gracias.

Conrad la observó alejarse y luego se quedó mirando la puerta del ascensor un momento, pensativo. Cuanto más hablaba con Lily Tilden más convencido estaba de que ella sería la persona perfecta para acompañarlo al baile benéfico. No había pensado ir con nadie, pero después de haber recibido quince llamadas de Brittany Oliver, después de la repentina aparición de lady Penélope en el hotel y del acoso de una extraña mujer que decía llamarse Kiki, con la que se encontraba continuamente en el pasillo, se le ocurrió que lo mejor sería llevar una acompañante.

Pero Lily Tilden le había dicho que no. Y él no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

Entonces sonó el teléfono y Conrad lo miró con recelo antes de contestar.

—¿Sí?

—Alteza, soy Stephan. Tenemos un pequeño problema.

Brittany. Tenía que ser ella.

—Dime.

—Una mujer que dice llamarse Kiki Von Elsen...

—¡Elsbon! —gritó la mujer.

—Kiki Von Elsbon —corrigió Stephan con exagerada paciencia —. Ha intentado abrir la puerta de mi habitación con una tarjeta de crédito... como en las películas. Evidentemente, ha pensado que era la suite de Su Alteza. ¿Qué quiere que hagamos?

—¡Ya le he dicho que había perdido la llave y pensé que ésta era mi habitación! —estaba gritando la mujer.

—¿Quién es? —preguntó Conrad.

—No tenemos ni idea.

—¿Habéis llamado a recepción?

—Quería ponerme en contacto con usted antes, por si la conocía...

Conrad suspiró.

—Espera un momento, voy a llamar a la señorita Tilden.

Ella contestó de inmediato.

—¿Sí?

—Señorita Tilden, mis escoltas han aprehendido a una mujer que intentaba entrar en su habitación. Dice que su nombre es Kiki Von no sé qué. ¿Sabe si es cliente del hotel?

—Sí, lo es —contestó Lily, suspirando—. Lo lamento mucho, Alteza…

—¿Hay alguna razón para que confundiera la habitación de mis escoltas con la suya? Por lo visto, intentó abrir la puerta con una tarjeta de crédito.

—¿Una tarjeta de crédito? —repitió ella.

—Literalmente.

—Dios mío. Yo me encargo de todo, Alteza, no se preocupe. A menos que…

piense poner una denuncia.

—No a menos que usted me lo aconseje.

—No, por favor. La señora Von Elsbon es inofensiva. Sólo… en fin, es que no es muy sensata.

Eso era decir poco, naturalmente.

—¿Le importaría subir a la habitación de mis escoltas y encargarse de todo?

—Ahora mismo.

Conrad admiraba su eficiencia. Quizá pudiera contratarla para que fuese a Beloria con él como secretaria privada… o alguna otra posición que ya inventaría.

Hiciera lo que hiciera, estaba seguro de que lo haría bien.

—Gracias, señorita Tilden. Es usted una gran ayuda.

Capítulo 7

LILY pasó la noche y parte del día siguiente recordando su conversación con el príncipe Conrad. La había emocionado que quisiera honrar a su padre y su compromiso con la fundación.

En realidad, lo había juzgado a la ligera desde que lo vio con Brittany Oliver.

Lo más fácil era pensar que sólo era un aristócrata millonario que se acostaba con todas las mujeres guapas que se ponían en su camino. Aunque fueran unas montajistas.

Ella no podía juzgar a Brittany Oliver, pero después del numerito con los fotógrafos, estaba segura de que no era precisamente trigo limpio.

Pero Conrad le había dicho que no quería a la pechugona rubia rondando por el hotel por respeto hacia su padre.

Y eso había sido una sorpresa. Una sorpresa que la conmovió.

Habiendo crecido sin padres, para Lily era un tesoro tener familia, recuerdos, saber de dónde era una. A menudo se sentía como un mapa de carretera: con un destino pero ninguna indicación de cómo había llegado allí. ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cómo eran? ¿Habrían sido felices? ¿A su padre le gustarían las judías, como a ella, a su madre le habría gustado el chocolate? ¿Rose sería tan buena cocinera porque lo habían sido su madre o su abuela? ¿Dónde estaba su otra hermana?

Era muy duro no saber quién era una.

Y allí estaba aquel hombre que, aparentemente, había pasado gran parte de su vida divirtiéndose, pero cuando llegaba el momento de la verdad, decidía que lo importante era seguir con el legado de su padre.

Y eso le gustaba.

Quizá debería reconsiderar su proposición. Quizá así podría ayudarlo a recaudar fondos para investigar una enfermedad que, seguramente, necesitaba con urgencia esos fondos.

Su hermana Rose le había dicho que lo hiciera.

—¡Pero si sería divertidísimo! ¿Cuántas veces vas a poder portarte como si fueras una princesa? ¿A cuántos eventos de ese tipo vas a acudir en tu vida?

—Para eso te tengo a ti.

El marido de Rose, Warren Harker, era uno de los hombres más

ricos de Nueva York y, si le apeteciera, Lily podría acudir a estrenos y cenas de gala con su hermana y su cuñado. Pero siempre estaba demasiado cansada.

—Yo no puedo ofrecerte que hagas el papel de princesa —le había contestado su hermana.

Era cierto. Una cita con un príncipe de verdad... Podría ser una anécdota divertida para contársela a sus nietos algún día. O, al menos, a los nietos de Rose, ya que ella era la que estaba casada y a punto de formar una familia.

A la mañana siguiente, Lily le habló a Gerard sobre la proposición del príncipe y le preguntó si le parecía apropiado.

—Cariño, me encantaría que pudieras ayudar a Su Alteza. Yo nunca te lo pediría, naturalmente, pero si puedes ayudarlo en algo, estoy completamente de acuerdo. Karen y Andy podrían trabajar unas horas extra para controlarlo todo mientras tú no estás.

—Y también podría servir de promoción para el hotel —sugirió Lily.

—Yo nunca te pediría que hicieras nada con lo que no te sintieras cómoda.

—Lo sé, Gerard. Pero si puedo ayudarte... bueno, si puedo ayudar al Montclair, es algo que tengo que considerar seriamente.

Y Lily lo consideró.

Pero tuvo tanto trabajo ese día que apenas le dio tiempo a pensar en ello.

Primero, tuvo que alojar a tres nuevos clientes que querían, además, una visita organizada a Washington D.C. Luego el niño de otro cliente se había dejado su osito de peluche favorito en el metro de Coney Island. Afortunadamente, ése era su barrio y tenía un amigo que trabajaba en las oficinas del metro. Gracias a él el osito fue recuperado, enviado a la tintorería y devuelto a su propietario.

Por si eso no fuera suficiente, Kiki Von Elsbon se había pasado toda la mañana llamándola por una razón u otra, siempre con la intención de descubrir dónde iba a almorzar el príncipe.

Era agotador.

Lily estaba a punto de tomarse quince minutos de descanso cuando un niño en una silla de ruedas entró en el hotel, empujado por una mujer que, por el parecido, tenía que ser su madre.

—Bienvenidos al hotel Montclair —los saludó, con una sonrisa

en los labios.

—Hemos venido a ver al rey —dijo el niño.

Lily sonrió. Debía tener seis o siete años y, con el pelo rubio y los ojos azules, parecía un ángel.

—¿Al rey?

—Quiere decir el príncipe de Beloria —explicó su madre—. El príncipe ha solicitado ver a mi hijo... se llama Jeff Parker.

Lily no sabía nada del— asunto, pero gracias a su conversación con Conrad el día anterior pudo sumar dos y dos. Jeff seguramente estaba en una silla de ruedas debido a la artritis.

—¿Tiene algo que ver con la fundación?

—Sí. El profesor de Jeff nos recomendó que nos pusiéramos en contacto con ellos y nos están ayudando mucho... Ay, perdone, me llamo Deena Parker. ¿Es usted miembro de la fundación?

—No, trabajo en este hotel, pero conozco la labor que hace el príncipe Conrad.

—Es un hombre maravilloso —suspiró la mujer—. Jeff iba a conocer al príncipe Frederick, pero como sabe...

—Sí, es muy triste —asintió Lily. En ese momento sonó su móvil —. Perdone un momento, por favor —era Karen, llamando en nombre del príncipe Conrad, que estaba esperando a sus invitados —. Dile que yo los acompañaré a la suite, Karen... Su Alteza los recibirá enseguida, señora Parker.

—¿De verdad es un rey? —preguntó el niño.

—Casi —contestó Lily.

—¿Y lleva armadura?

—No que yo sepa. En realidad, parece un hombre normal — contestó ella. Sí, la clase de hombre normal de los que se hacían estatuas de mármol en la antigua Grecia—. Pero puede que tenga armaduras en su palacio. Seguro que tiene un escudo real.

—¿Y una espada?

—No lo sé. Deberías preguntárselo a él.

Deena Parker se mordió los labios.

—No sé si deberías preguntarle esas cosas, Jeff.

—Es una persona muy agradable, no se preocupe. Seguro que no le importa contestar a todas sus preguntas.

Lily ayudó a Deena a meter la silla de ruedas en el ascensor y, cuando llegaron arriba, Conrad estaba esperándolos en el pasillo.

—Ah, pensaba bajar a buscarlos. Tú debes ser Jeff.

El niño asintió con la cabeza.

—Sí.

—Es un placer conocerte, Jeff. He oído hablar de ti. Me han dicho que eres un héroe —sonrió Conrad.

—¿Tú eres el príncipe?

—Sí, pero puedes llamarme Conrad.

—Lily dice que tienes un escudo en tu palacio.

—¿Ah, sí?

—Bueno, yo...

—Tiene razón. Hay un escudo enorme sobre la chimenea del gran salón.

—¿Y una espada? —preguntó Jeff—. ¿Como la del rey Arturo?

—Sí, también tenemos una espada. Y la historia es casi tan interesante como la del rey Arturo. Dicen que un herrero la forjó con el calor del sol hace setecientos años.

Jeff lo miró, boquiabierto.

—¿Con el calor del sol?

—Eso es lo que dicen. Es una de las leyendas de Beloria. Perdone, usted debe ser Deena Parker —sonrió Conrad, ofreciéndole su mano.

—Así es —sonrió la mujer, sin poder disimular un gesto de admiración femenina.

—Usted también es una heroína. He leído algo de lo que ha pasado con su hijo y, evidente, no ha sido un camino de rosas.

—Pero gracias al príncipe Frederick, Jeff está mucho mejor ahora que hace unos años.

Conrad parecía tan satisfecho que Lily sintió algo parecido al orgullo. Se dijo a sí misma que era porque le gustaba ver a alguien a quien de verdad le importaban los demás.

Y era estupendo ver a un hombre tan rico, tan poderoso, dedicándose a tareas altruistas.

—Bueno, yo vuelvo a mi oficina. Por favor, llámenme si necesitan algo.

—¿No vienes con nosotros, Lily?— preguntó Jeff. Lily miró a Conrad, buscando ayuda.

—Hay helado para todos —sonrió el príncipe.

—¡Helados! —exclamó el niño.

—Por favor, quédese con nosotros —le pidió Deena en voz baja mientras Conrad empujaba la silla de ruedas—. Estoy un poco nerviosa.

—Muy bien, pero si me llama mi jefe tendré que irme.

Cuando entraron en la suite, Lily se quedó sorprendida al ver que estaba llena de globos. ¿De dónde habían salido? Además, había un antiguo carrito con todo tipo de helados...

—He oído que te gustan los helados —explicó Conrad, encogiéndose de hombros.

—Claro que me gustan —murmuró el niño, con los ojos como platos.

El príncipe le preguntó a qué se dedicaba su padre, si le gustaba el colegio, cuáles eran sus materias favoritas, cómo lo afectaba su enfermedad...

Luego le ofreció ver Central Park desde la ventana de su habitación y salieron del salón, dejando a Lily sola con Deena.

—Se le dan bien lo niños. Y eso es algo que no se ve a menudo —comentó Deena.

—No, es cierto.

—Ojalá hubiera venido mi marido, pero tenía que trabajar. Su jefe no quería darle el día libre y le daba vergüenza decirle que iba a conocer a un príncipe —rió la mujer—. Ya sabe, suena un poco raro.

—Lo entiendo. Como puede imaginar, la mayoría de las personas que se interesan por el príncipe Conrad son mujeres.

—Ya imagino. He leído en una revista que sale con Brittany Oliver, la actriz de televisión.

—Es sólo un rumor —contestó Lily—. Yo no le he visto con nadie y la verdad, creo que está por completo dedicado a la fundación.

—Eso es maravilloso. Otro se dedicaría a pasarlo bien... bueno, me refiero a otro hombre tan guapo como él. No sé lo que hacen los miembros de la realeza.

«Yo tampoco», pensó Lily. Y lo mejor era observar en lugar de intenta averiguar qué clase de persona era el príncipe de Beloria.

Cuando volvieron al salón, Conrad iba empujando la silla y Jeff iba caminando tras él.

—¡Pero Jeff...! —exclamó su madre—. Pensé que estarías

demasiado cansado para caminar después de la sesión de terapia.

—No. Conrad dijo que quería verme caminar, así que...

—Yo lo decía en general, en el futuro... espero que no le importe —sonrió Conrad, un poco cortado.

—Su terapeuta dice que debe hacer lo que le apetezca. Pero cuanto más trabaje los músculos, mejor.

Después de charlar un buen rato y tomar varios helados, Jeff volvió a sentarse en la silla.

—Gracias por todo —sonrió Deena—. Y a usted también, Lily. No suelo venir a sitios tan elegantes como éste y usted me ha hecho sentir muy cómoda.

—Gracias. Bajo con ustedes.

—No, no hace falta. Quédese a tomar un helado. A menos que no podamos ir solos por el hotel... —dijo Deena entonces.

—No, no. De hecho, creo que me quedaré aquí y tomaré un helado de fresa.

—Buena idea.

Conrad los acompañó al ascensor antes de volver a la suite.

—Ha sido un detalle por su parte.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada.

—No veo que esté tomando un helado.

—No, ya. Es que no quería que se sintiera incómoda, como si estuviéramos vigilándola o algo así.

—Lo sé —asintió Conrad—. Se le da muy bien la gente.

—Gracias. A usted también. Me he quedado impresionada al verlo con Jeff.

—Es un niño especial.

—Sí, desde luego que sí —sonrió Lily, levantándose.

—Hay miles de niños en el mundo con el mismo problema. Por eso estoy aquí. Con las donaciones que recibe la fundación se ha conseguido que Jeff tenga un terapeuta, que pueda ser operado por los mejores médicos sin tener que pagar un céntimo...

—Sí, es una buena causa, desde luego.

Conrad inclinó a un lado la cabeza.

—¿Detecto una nota de concesión en su voz?

—No lo entiendo.

—Sí me entiende. ¿Ha reconsiderado mi proposición, señorita Tilden?

—Bueno, lo he pensado —reconoció ella.
—¿Y?
—Sólo estamos hablando de un par de ocasiones, ¿verdad?
—Sí.
—Un par de fotografías y el baile del sábado.
—Exactamente.
—Nada de historias inventadas para las revistas o escenas escandalosas.
—Por Dios, espero que no. Desde luego, ésa no es mi intención.
Lily lo miró a los ojos y dejó escapar un suspiro.
—Muy bien, Conrad —dijo, tuteándolo—. Tienes una falsa novia temporal.
Hasta el sábado a medianoche.
—¿Sólo hasta la medianoche?
Ella se encogió de hombros.
—0 hasta que termine el baile.
—Ah, ya lo entiendo. Medianoche. Cuando yo me convierto en una calabaza.
0 un ratón. 0 algo así, nunca me acuerdo de la historia —sonrió Conrad—. ¿La princesa... o la falsa novia en este caso se queda dormida durante cien años?
—Sólo si tiene suerte —contestó Lily—. Porque a esta falsa novia le vendría bien un descanso. Cien años no suena nada mal.
—Muy bien, entonces te conseguiré un crucero por el Caribe o un viaje a Hawai. Lo que más te guste. Como agradecimiento por tu ayuda.
—No tienes por qué...
—Por favor. Me gustaría hacerlo.
Lily negó con la cabeza.
—No, gracias. Mejor ingresa ese dinero en la fundación. Así me considero suficientemente pagada.
Él la miró con un brillo de admiración en los ojos.
—Eres una mujer peculiar, Lily Tilden. Una mujer muy peculiar.

Capítulo 8

SABÍA que lo harías —le dijo Rose por la noche, sentadas en el suelo de su apartamento de Brooklyn, tomando un aperitivo de alcachofa que había llevado su hermana y una copa de vino blanco.

—¿Y cómo lo sabías, lista? Yo misma no lo sabía hasta hoy.

—Sí lo sabías —contestó Rose—. Te gusta.

—¡Por favor!

Rose empezó a cantar el tema de Cenicienta.

—Cállate, boba.

—Venga, Lil, a todas las chicas les gustan los cuentos de hadas. Los príncipes, las princesas...

—Sólo voy a hacer esto para ayudarlo —insistió Lily—. No es nada personal.

Mira los periódicos... Brittany Oliver ha sugerido que existe una cinta de contenido altamente erótico y no me sorprendería nada que alterase digitalmente una en la que aparezca ella con alguno de sus novios. Es patético. Por eso entiendo que quiera ir acompañado de alguien que no sea nadie.

—Venga, Lily, tú no eres nadie. Tú llamas la atención vayas donde vayas.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. Y me alegro de que lo ayudes. Pero sigo pensando que tienes cierto interés personal...

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Muy bien. La verdad es que quería contarte algo importante —dijo su hermana, sacando un papel del bolso—. George Smith. El investigador privado de Warren, ha encontrado información sobre nuestra hermana.

A Lily le dio un vuelco el corazón.

—¿La ha encontrado?

—No exactamente. Pero ha encontrado cierta información. Aquí está... Desde junio trabaja como enfermera en una organización humanitaria en Europa del Este.

Lily tomó el papel.

—Laurel Standish. Primero un nombre, luego una profesión... Una vida.

Ahora empieza a parecerme real —murmuró, con un nudo en la garganta.

—Te entiendo.

—Mira... creció en Nueva York y su madre murió el año pasado, pero su padre sigue aquí. ¿Crees que deberíamos hablar con él?

—Por supuesto. A lo mejor podría enseñarnos alguna fotografía suya.

—Y darnos su dirección. Rose asintió con la cabeza.

—Por primera vez, de verdad siento que por fin estamos encontrando respuestas. Puede que ella no sepa nada de nuestros padres, pero sigue siendo la pieza que faltaba en el rompecabezas de nuestra vida.

—Estoy deseando ir a ver a su padre. ¿Cuándo vamos?

—Después del baile benéfico, princesa. No olvides que tienes un trabajo que hacer.

—No se me ha olvidado.

—Mejor. Porque estoy deseando que me cuentes cómo te ha ido. ¿Cuándo empieza el asunto?

—Mañana, creo —contestó Lily, con cierta aprensión—. ¿Seguro que esto no es una locura?

—Claro que no. Sólo vas a salir con el príncipe un par de veces —sonrió su hermana—. ¿Qué puede pasar?

A la mañana siguiente, lo que pasó fue que apareció una limusina en la puerta de su casa. El conductor llamó al timbre cuando Lily estaba en bata, con una toalla en la cabeza y tomando café mientras leía el periódico.

—¿Es usted la señorita Tilden?

—Sí.

—El príncipe Conrad me ha enviado a buscarla.

Lily arrugó el ceño.

—¿Puede usted mostrarme algún tipo de identificación?

—Sí, claro —contestó el hombre, sacando el permiso de conducir y una carta del príncipe Conrad—. Y tengo una nota para usted —añadió, dándole un sobre—.

Estaré esperando abajo.

—Gracias —Lily cerró la puerta y volvió a la cocina para leer la nota.

Querida Lily,

Creo conocerte lo suficiente como para saber que intentarás rechazar la limusina. Por favor, no lo hagas. Me estás haciendo un

tremendo favor y sé que voy a robarte horas de sueño, así que, por favor, permite que haga algo para que tu vida sea un poco más fácil.

El chófer esperará en la calle hasta que bajes o hasta que reciba un mensaje mío diciendo que se marche sin ti. Espero que sea lo primero.

Sinceramente, Conrad

Lily leyó la nota un par de veces, sonriendo. Sí, su primera inclinación había sido rechazar la limusina e ir al trabajo como solía hacerlo, pero ahorrarse el viaje en metro estaría muy bien.

La verdad, como falso novio, el príncipe estaba bastante bien.

Después de tomar el café se vistió rápidamente, aunque sabía que el chófer esperaría al no tener noticias de Conrad, y cuando bajó a la calle, la limusina estaba rodeada de niños escuchando las historias del conductor sobre la velocidad que alcanzaba aquel enorme coche y lo emocionante que era conducirlo.

Pero en cuanto vio a Lily, el chófer se aclaró la garganta.

—Lo siento, señorita.

—Oh, no, no, siga —rió Lily—. No suele haber un cochazo como éste en el barrio.

El hombre terminó su historia, de forma abreviada, y le dijo a los niños que se apartaran. Ellos obedecieron, sin dejar de mirar un coche que medía diez metros de largo.

Dentro de la limusina no se notaban los baches. Era como una góndola deslizándose por los canales de Venecia.

Antes de que se diera cuenta habían llegado al Montclair y cuando fue a abrir la puerta le sorprendió no sólo que lo hiciera el chófer por ella, sino ver al príncipe Conrad esperándola.

—Yo me encargo, puede irse —le dijo al conductor.

Lily se quedó sorprendida al ver la multitud de cámaras y flashes en la puerta del hotel. No había visto a los fotógrafos porque sólo podía mirar al príncipe, pero enseguida entendió cuál era su papel.

Conrad se inclinó para darle un beso en la mejilla, sin prestarle atención a los gritos de los fotógrafos.

—¡Aquí, mire aquí!

—¿Cómo se llama?

—¿Es su nueva novia, Alteza?

—¿Quién es?

Conrad le pasó un brazo por la cintura.

—Lily Tilden. Me acompañara al baile benéfico del príncipe Frederick el sábado por la noche.

—¿La relación es seria?

—Sólo somos amigos —contestó él, como lo haría una estrella de cine. A las que Lily no había creído nunca, claro.

—¿Y usted, señorita Tilden? ¿Trabajaba en el hotel antes de relacionarse con el príncipe?

—Así es como nos conocimos —contestó ella, sorprendida por su propia naturalidad.

—Por favor, informen en sus artículos sobre la página web de la fundación: fundacionprincipefrederick.com —sonrió Conrad.

—Es una causa humanitaria —añadió Lily, mientras entraban en el hotel.

Fueron directamente a la suite de Conrad y, una vez allí, ella se dejó caer sobre el sofá.

—Qué tensión. ¿Cómo puedes soportarlo?

—Llevo treinta y ocho años intentando no hacerles caso. Supongo que eso ayuda un poco.

—Si no hubiera podido apoyarme en ti, no sé lo que habría hecho. Qué nervios.

—No te preocupes, nunca tendrás que averiguarlo —sonrió él.

—En serio, tendría que estar muy enamorada de un hombre para soportar algo así todos los días —Lily oyó sus propias palabras y se dio cuenta de que sonaban como una grosería—. Perdona, no quería decir eso... no creo que sea difícil para una mujer soportar eso con tal de estar contigo.

—Una mujer tendría que estar loca para soportar eso a menos que tuviera que hacerlo —rió él—. Fuera cual fuera la razón.

—Bueno, para muchas mujeres merecería la pena. No ha sido tan horrible.

—Tú lo has pasado fatal.

—Sí, la verdad es que sí —admitió ella—. Pero es que me a mí no me gusta ser el centro de atención y eso me convierte en una persona bastante rara. Sólo hay que poner la televisión para ver que algunos imbéciles se pegan por salir contando sus cosas más íntimas.

—Creo que he conocido a algunos de esos imbéciles —contestó

el príncipe crípticamente.

Lily no le preguntó a qué se refería.

—¿Y cómo vas a encontrar esposa en estas circunstancias?

—No lo sé. No estoy casado.

—¿Eso significa que no piensas casarte nunca?

—No, espero que no. Pero antes tengo que encontrar a la mujer adecuada.

—¿Y cómo sería esa mujer? —Lily no sabía por qué estaba siendo tan descarada, pero realmente sentía curiosidad.

Conrad la miró, sorprendido.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Porque tendría que ser una mujer muy especial.

—Sí, desde luego que sí —contestó él, mirándola a los ojos.

—En fin, si cinco minutos bajo los focos me han dejado agotada, imagino lo horrible que será el sábado cuando tenga que acompañarte durante toda la noche.

Conrad se puso serio entonces.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Un poco.

—Es usted una mujer muy difícil cuando quiere, señorita Tilden.

—Me lo han dicho más veces —le confesó ella. El príncipe la miró durante largo rato.

—Me resulta interesante. En mi país, todas las mujeres saben quién soy y se imaginan como la princesa de Beloria. No suelo conocer mujeres que no sientan el menor interés por hacer ese papel.

—Yo no lo tengo, desde luego.

—Te creo. Por eso es un alivio estar contigo.

Lily soltó una carcajada.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? Te gusta estar conmigo porque soy la clase de chica que no tiene un interés particular por estar contigo.

—Sí, supongo que así es —contestó él, sentándose a su lado—. Al menos, estamos de acuerdo en algo.

—Absolutamente.

—Bueno, ¿dónde vamos a cenar esta noche?

Lily tragó saliva. Sabía que tendría que salir a cenar con él, pero le parecía un poco extraño…

—No te lo estarás pensando, ¿verdad?

—No, no —contestó ella rápidamente.

Le caía bien Conrad. Aunque era muy incómodo estar con él en público, en privado era una persona extraordinariamente agradable.

Todo aquello era muy confuso.

—¿De verdad?

—No me lo estoy pensando —insistió Lily—. La verdad es que resulta...

interesante.

—¿En serio?

—En serio. No creo que vuelvan a tratarme como si fuera una estrella en toda mi vida.

—Es curioso que digas eso —murmuró Conrad entonces.

—¿Por qué?

—Porque he estado pensando estos días que podría no volver a conocer a alguien que me trate de forma normal. Como tú lo haces.

—Alguien que te lo haga pasar mal, quieres decir.

—En cierto sentido, sí. En mi país la gente tiene miedo de llevarme la contraria. En general, me dicen que sí a todo, pero a veces me pregunto qué dirán cuando me doy la vuelta.

—No está mal eso de que la gente te trate con respeto.

—No quiero quejarme. Por supuesto, ser el príncipe regente de un país también tiene muchos beneficios. Pero hasta que llegué aquí no me había dado cuenta de lo que me estaba perdiendo.

Lily se miró las manos, intentando buscar una respuesta apropiada.

—Ya, en fin...

Conrad se inclinó hacia ella entonces. Y Lily sintió el calor de su cuerpo antes de que rozase su cara con la mano.

—Eres tan guapa —murmuró él, estudiando sus facciones casi como si quisiera memorizarlas—. Me gustaría poder quedarme más tiempo en Nueva York para conocerte mejor.

—No hay mucho que saber sobre mí.

—Yo no estoy de acuerdo.

Y entonces inclinó un poco más la cabeza para buscar sus labios.

El beso dejó a Lily inmóvil, con una mezcla de sentimientos que no sabría explicar. En cuanto sus labios la rozaron sintió que su corazón enloquecía, como cuando subía a alguna de las atracciones

del parque de Coney Island cuando era pequeña.

Pero no se apartó. Le devolvió el beso, respirando su aroma masculino, disfrutando del calor de su cuerpo. Y cuando él la envolvió en sus brazos se rindió completamente.

De repente, no era un príncipe y ella no era una mendiga; era una mujer y él era un hombre... un hombre enormemente carismático, magnéticamente atractivo, poderosamente masculino.

—No deberíamos hacer esto —consiguió decir, sin aliento—. Hemos llegado a un acuerdo, nada más.

Conrad se apartó.

—No pensarás que yo considero esto parte del acuerdo, ¿verdad?

—No, no, no quería decir eso...

—Me alegro.

Conrad volvió a besarla entonces, con más ansia que antes. Y Lily se dejó llevar por el placer... durante unos segundos, antes de recordarle que aquello no estaba bien.

Pero no era tan fácil. Los besos de Conrad no eran como los besos de otro hombre. Para una chica que siempre se había sentido insegura, sin saber de dónde venía o quiénes eran sus padres, estar con Conrad era... no sabía lo que era, pero la hacía sentir segura por primera vez en su vida.

Lo cual era una locura, porque él era un príncipe. Su familia llevaba siete u ocho siglos dirigiendo un país europeo. Salían en los periódicos, se relacionaban con los altos dignatarios de todo el planeta. Mientras que su sitio en el mundo era todavía un signo de interrogación, el de Conrad era un gran signo de exclamación en los libros de historia.

Si seguía besándolo, estaría cometiendo un terrible error. Conrad jamás la tomaría en serio. No había futuro para ellos. Ni siquiera había un presente. Sólo tenían unos días y ella sólo iba a interpretar un papel. No era más que eso.

Y sería una tonta sin pensara otra cosa.

—No podemos —volvió a decir, aunque sabía que sus ojos y sus labios estaban diciéndole que sí podían.

Afortunadamente, Conrad era un caballero.

—¿Ocurre algo, Lily?

Ella negó con la cabeza.

—Yo no soy el tipo de chica que... hace estas cosas por diversión. No me gustan las aventuras.

—Yo nunca te utilizaría.

—No quería decir eso —objetó ella—. Pero te marcharás dentro de unos días y aunque no fuera así... Yo no quiero sentirme triste cuando... nos separemos.

Conrad sonrió.

—Me honras con tus palabras.

Lily dejó escapar un suspiro.

—Estoy diciendo tonterías, ¿verdad?

—No, no es verdad. Y tienes razón, además. Me marcharé muy lejos de aquí en unos días. No tiene sentido empezar algo que no podemos continuar.

Como si pudiera continuar una relación con una mujer norteamericana que no tenía familia conocida, pensó ella.

—Entonces, estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo.

Lily tragó saliva, intentando encontrar fuerza de voluntad para levantarse o, por Dios bendito, hasta caerse del sofá. Cualquier cosa con tal de apartarse para no volver a caer en sus brazos.

—Muy bien. Como estábamos diciendo antes, ¿dónde vamos a cenar?

Supongo que querrás ir a algún sitio discreto, pero notorio, para demostrar que estamos juntos.

—Perfecto. ¿Se te ocurre algún sitio en particular?

—Hitchcock's. Es un sitio elegante y pequeño, perfecto para una persona como tú.

—¿Una persona como yo? —Conrad dejó escapar un suspiro.

—Perfecto para alguien que no está interesado en ir donde va todo el mundo

—se explicó Lily—. Yo creo que sería el restaurante más adecuado.

—¿A las nueve en punto?

—Muy bien. Voy a bajar a la oficina para reservar mesa.

—Siempre tan profesional.

—Es lo que hago —sonrió ella.

—Tengo que pedirte algo más.

—¿Qué?

—Me gustaría contratar a un comprador personal de los grandes almacenes Melborn's para escoger el vestido que llevarás en el baile del sábado.

—No hace falta —dijo Lily. ¿No hacía falta? Ella no tenía un vestido de noche.

Ni siquiera Rose solía asistir a eventos tan elegantes como aquél prometía ser.

Además, era la reputación del propio Conrad la. que estaba en juego, no la suya.

—Pero si así te sientes más cómodo, por mí no hay ningún problema.

—Me siento más cómodo poniéndotelo fácil. No quiero molestarte más de lo necesario y, de este modo, puedes decirle al experto qué clase de vestido quieres y él te traerá unos cuantos para que elijas. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —contestó ella—. ¿A qué hora? Podría pedirle que viniera alrededor de las dos.

—Yo me encargo de llamar, no te preocupes.

Lily no estaba acostumbrada a dejar que otra persona hiciera su trabajo, especialmente cuando eran cosas que hacía todos los días por los clientes del hotel.

Pero Rose siempre le decía que tenía que dejar de intentar controlarlo todo... y quizá aquél fuera un buen momento.

—Nos vemos esta noche —se despidió, con una sonrisa.

Mientras se volvía para salir de la suite, notaba la mirada de Conrad clavada en su espalda.

Capítulo 9

CENA para tres en Hitchcock's a las nueve en punto? —estaba diciendo Karen, al teléfono cuando Lily entró en la oficina—. La princesa Drucille, lady Ann y lady Penélope... sí, de acuerdo. Muy bien, Alteza. No, estoy segura de que no habrá ningún problema.

Karen estaba a punto de llamar al restaurante cuando Lily la detuvo.

—Lo dirás de broma.

—¿Qué?

—¿La princesa Drucille ha reservado mesa en Hitchcock's?

—Sí, ¿por qué?

—Porque es una coincidencia asombrosa. Yo acabo de hablar con el príncipe Conrad y habíamos quedado en ir a ese mismo restaurante a las nueve. Para eso he bajado, para hacer la reserva.

De modo que había un micrófono en la habitación...

La princesa Drucille no se detenía ante nada, por lo visto.

—Me temo que tendré que buscar otro restaurante para cenar con Conrad.

—Ah, ¿ahora lo tuteas? —sonrió Karen—. Parece que os lleváis muy bien.

—Eso es lo que debe pensar todo el mundo —suspiró Lily, antes de contarle lo que estaba pasando.

—Tengo una idea —dijo su amiga—. ¿Te acuerdas del chef Antonio, de Maggie's?

—Sí.

—Pues acaba de abrir un restaurante fabuloso, el Bell'arrivo. La comida es divina, el ambiente genial... unas luces muy favorecedoras, y está muy lejos del Hitchcock's.

Lily chascó los dedos.

—Perfecto. Voy a llamar ahora mismo.

—Yo haré las reservas. Esta semana, tengo que tratarte como si fueras una princesa.

Lily sonrió. Estaba empezando a pensar que las navidades habían llegado con un mes de adelanto.

—Gracias, Karen. Eres una amiga.

Luego levantó el teléfono para llamar a la suite de Conrad.

—Karen me ha sugerido otro restaurante. ¿Te importa si cambiamos de planes?

—No, en absoluto. Vamos donde tú digas.

Esas palabras eran potencialmente peligrosas.

—Muy bien. No te preocupes, no lo lamentarás.

—Seguro que no. Por cierto, he llamado a Melborn's y me han dicho que van a enviar a una persona que se llama Maureen a las dos. Yo me iré dentro de un rato, pero puedes subir a la suite cuando quieras.

—No es necesario —protestó Lily—. Puedo recibirla en otra habitación.

Pero no podía porque el hotel estaba completo. En fin, podría recibirla en la oficina...

—Insisto —la interrumpió Conrad—. Que lo pases bien. Nos vemos después.

Y luego colgó, antes de que Lily pudiera decir nada más. Y ella tuvo la impresión de que lo hacía a propósito.

Suspirando, Lily se dejó caer en el sillón de cuero que Gerard, convencido por ella, había comprado unos meses antes. Gerard bromeaba diciendo que era tan cómodo que se podría dormir en él y era cierto porque se le cerraban los ojos...

Pero no pensaba que podría quedarse dormida hasta que despertó bruscamente, con dolor de cuello, y miró el reloj... ¡eran las dos y cuarto!

Lily salió corriendo de la oficina y subió a la suite. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, había un joven esperando en el vestíbulo.

—Perdone. No será usted de los grandes almacenes Melborn's, ¿verdad?

—Y tú no serás Lily, ¿verdad?

—Sí, soy Yo.

El joven suspiró dramáticamente.

—Pues entonces voy a tener mucho trabajo. ¡Mira ese pelo!

Lily se miró al espejo de la pared. Era verdad. Tenía el pelo hecho un asco.

—Voy a buscar un peine.

—Cariño, tú no necesitas un peine, tú necesitas una sesión de peluquería.

—¿Qué? Pensé que eras el comprador personal.

—Soy un estilista personal, cariño. Y parece que llego justo a

tiempo —

contestó el joven, tomando a Lily del brazo.

—Un momento. Pensé que era una chica y se llamaba Maureen.

—Maurice. Me llamo Maurice.

—Ah —murmuró Lily. El príncipe debía haber entendido mal—. Sí, bueno...

pero yo no quiero nada demasiado... radical.

Una hora después estaba en la famosa peluquería Daniel, con el pelo cubierto por trocitos de papel de aluminio y una chica haciéndole la manicura mientras un joven llamado Freddy terminaba de hacerle las mechas.

—No me puedo creer que no hayas hecho esto antes. Te va a encantar. Lo sé, lo sé, seguramente pensabas que tenías el pelo demasiado claro para ponerte mechas, pero lo que he hecho es ponerte un tono platino alrededor de la cara y un tono caramelo en los— lados y la parte de atrás. Vas a estar absolutamente divina.

—Tienes que estarlo —dijo Maurice—. Esta mañana he leído en la página siete del New York Tattler que hay una lady no sé qué en el hotel intentando robarte a tu príncipe.

La página siete del New York Tattler. Caroline Horton.

—¿Lady Penélope?

Maurice chascó los dedos.

—¡Ésa! La fotografía era borrosa, pero yo diría que tiene una expresión... no sé, como bovina.

Si la fotografía era borrosa seguramente sería a propósito, pensó Lily.

—No es mi príncipe. Esto es sólo por una noche.

—Una noche mágica —sonrió Maurice—. Así es como empieza todo. Y por eso tienes que estar absolutamente despampanante.

—No creo que sea difícil —sonrió Freddy.

Lily miró a Maurice con expresión escéptica.

—No sé si era esto lo que el príncipe Conrad tenía en mente cuando llamó a Melborn's.

—Cariño, el príncipe no sabía lo que necesitabas, así que nos ha dado carte blanche. Dijo que si querías un vestuario nuevo lo pusiéramos a tu disposición, así que ya sabes.

Lily nunca había aceptado regalos de un hombre y eso la hacía sentir incómoda.., aunque también la emocionaba un poco, debía

reconocer.

Había organizado cosas como ésa para muchas clientes en el hotel, pero nunca había soñado que pudiera pasarle a ella.

Después de luchar consigo misma durante toda la tarde, Lily decidió rendirse. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces iba a tener la oportunidad de vivir un cuento de hadas?

A las cinco de la tarde parecía una mujer nueva. Su pelo, que antes llevaba largo y liso, caía en capas alrededor de su cara, con un color lleno de vida. Ya no era simplemente rubio, era rubio con mechas doradas.

Maurice también la había convencido para que se depilara las cejas con objeto de darles otra forma que enmarcase mejor sus ojos azules y le dieran un aspecto elegante y sofisticado.

El cambio, aunque sutil, era perfecto.

Después, Maurice decidió que ya se había hecho una idea sobre su personalidad y la envió a la suite para que lo esperase mientras él hacía una selección de vestidos de noche.

Lily volvió al Montclair un poco cortada por su nueva apariencia y sus compañeros de trabajo no la ayudaron mucho a librarse de esa sensación.

—¡Por favor, estás increíble! —exclamó Andy—. Siempre has sido muy guapa, pero ahora pareces una estrella de cine.

—Anda ya, Andy.

—Lo digo en serio. Gerard, ven a ver a nuestra chica.

—¿Por qué, de repente, siento como si estuviera en el zoo? —murmuró Lily.

Gerard salió de la oficina y se detuvo, asombrado.

—Dios mío, estás guapísima.

—Gracias.

—Llama a Karen —insistió Andy.

—No puedo, tengo cosas que hacer. La veré más tarde.

Por fin, pudo subir a la suite y sentarse un rato en el sofá para esperar a Maurice. Estaba agotada. No había hecho más que sentarse en la peluquería, pero no podía más. Y la suite... le parecía diferente. Era como si ya no fuera una suite del Montclair y se hubiera convertido en una extensión de Conrad. La diferencia era interesante y Lily estaba disfrutándola cuando Maurice volvió con un joven ayudante, Cho.

Una hora después, se sentía como si fuera la protagonista de una película, dando vueltas delante del espejo, mirando a una mujer que se parecía vagamente a ella. Por fin, escogió un vestido de seda azul para el baile. No era el típico vestido de noche y al principio lo miró con cierto escepticismo, pero Maurice insistía en que era perfecto para ella.

—No lo juzgues hasta que te lo veas puesto.

Lily se lo probó y tuvo que reconocer que tenía razón. Era un sueño. El color le iba perfectamente, destacando el azul de sus ojos y la palidez de su piel como nunca podría haber imaginado. El corte era muy favorecedor, aunque le quedaba demasiado largo, pero Maurice le aseguró que él se encargaría de arreglarlo.

—Es un Toresti original y sólo se ha visto una vez en la pasarela de Milán.

Los vas a dejar noqueados, Lily.

—Es precioso, desde luego —murmuró ella—. No creo que pueda quedarle mal a nadie.

—Claro que sí. Podría quedarle mal a alguien que no tuviera tu tipo. Ah, por cierto, tengo un vestido perfecto para esta noche. Es estilo retro, tipo Mary Tyler Moore en el programa de Dick Van Dyke...

—Un momento —lo interrumpió Lily—. No puedo gastar más dinero. Sólo necesitaba un vestido para el baile del sábado.

Maurice la miró, impaciente.

—Tengo instrucciones para conseguir el vestuario que necesites.. Y, cariño, créeme, tú necesitas este vestido.

—No lo necesito.

—Bueno, pruébatelo y luego me dices. Ya que lo he traído... total, por probártelo no pierdes nada.

Suspirando, Lily asintió con la cabeza y Maurice llamó a su ayudante, que buscó entre los vestidos algo que, a primera vista, parecía un simple conjunto negro, pero luego resultaba ser un pantalón pitillo de seda con un top de escote halter. La etiqueta decía Lyle Ridgeville y probablemente costaba un dineral.

—Venga, pruébatelo.

Sonriendo, Lily entró en el cuarto de baño. Cuando se lo puso casi no podía creer lo que veía frente al espejo. Le quedaba perfecto, suavizando las zonas que tenía que suavizar y destacando

las que debía. Se sentía voluptuosa, casi como Marilyn Monroe o Lana Turner.

—Tenías razón. Es precioso...

—¡Por favor! —gritó Maurice—. Grace Kelly tiene una sucesora y se llama Lily Tilden.

—Maurice, no te pases —rió Lily—. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¿Pero tú te has visto en el espejo? ¡Te queda de cine!

—¡Estás divina! —exclamó Cho.

Sus exclamaciones se vieron interrumpidas por la entrada de Conrad.

—Hola... ¿qué ocurre? —preguntó, con cara de despistado.

—Nada —contestó Maurice, como un niño de cuatro años al que hubieran pillado robando galletas.

—Estábamos intentando decidir si necesito este conjunto —le explicó Lily—.

Y yo creo que no.

—¿Por qué no?

—Porque... no me hace falta. El vestido para el baile de acuerdo, pero esto...

—Yo creo que es perfecto para la cena de esta noche —la interrumpió Maurice.

—Tiene razón —sonrió Conrad—. Por cierto, no nos han presentado...

—Ah, te presento a Maurice Gibbons, el estilista que han enviado de Melborn's.

—Maurice... pero yo pensé... en fin, creo que no entendí bien el nombre —

sonrió Conrad.

—¿No cree que Lily debería llevar este conjunto para la cena de esta noche?

—preguntó Maurice.

—Puede llevar lo que ella quiera, supongo.

—Pues debería querer esto porque le queda de maravilla.

Lily contuvo una risita. Maurice tenía razón, el conjunto era de lo más favorecedor. Pero sobre todo le hacía gracia la expresión de sorpresa de Conrad, que no debía saber mucho sobre moda femenina y diría que sí a cualquier cosa sólo por hacerla feliz.

Y eso la hacía feliz a ella.

No porque quisiera el conjunto, sino porque no conocía a muchos hombres que estuvieran más interesados en lo que ella quería que en sus propios deseos.

—No necesito el conjunto —dijo por fin, volviéndose para entrar en el baño.

—Espera un momento —la llamó Conrad.

—¿Sí?

—¿Te gusta?

—Maurice tiene un gusto excelente.

—¿Pero te gusta? ¿Lo quieres?

—Me gusta. Pero no lo necesito.

Conrad miró a Maurice.

—Añádalo a la cuenta.

—Hecho —contestó el estilista.

—Pero no puedo...

—¿Envío la factura al hotel? —preguntó Maurice, sin hacer ni casó a las protestas de Lily.

—Sí, por favor.

—Conrad, yo no...

—Deja de protestar, Lily. Estas guapísima con ese vestido. Si no quieres volver a ponértelo después de esta noche, dónalo a alguna asociación. Pero por favor, haz esto por mí.

Lily oyó las palabras, pero no estaba segura de cuál era el subtexto. ¿Estaba diciéndole que quería que fuera adecuadamente vestida al restaurante o sólo quería hacer que se sintiera cómoda?

No tenía ni idea.

Sólo sabía que la estaba haciendo sentir como una princesa de verdad. Como una reina. En cualquier caso, la estaba haciendo sentir valorada y eso valía más que cualquier otra cosa.

De modo que si Conrad quería que se quedara con aquel conjunto, se quedaría con él.

Y disfrutaría de cada segundo.

Capítulo 10

ESA NOCHE, Lily y Conrad fueron al restaurante en la limusina, con una botella de champán y música de Frank Sinatra sonando en el estéreo.

Lily apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y respiró el olor a cuero y a la colonia masculina de Conrad.

—Esto es divertido, la verdad. Cuando era pequeña solía ver estos coches tan lujosos por la ciudad, pero nunca pensé que viajaría en uno de ellos. Debe ser estupendo ir a todas partes en limusina.

Conrad sonrió, con cierta tristeza.

—La verdad es que prefiero conducir yo o ir paseando cuando me es posible, pero casi siempre tengo que viajar con conductor y es más fácil blindar una limusina que un coche normal.

—¿Blindar?

—Los cristales son antibalas. Y las puertas también.

—¿Todo eso es necesario?

—En mi país no suele haber peligro, pero es mejor tomar precauciones —

sonrió Conrad, ofreciéndole una copa de champán—. Particularmente en los últimos años.

Lily asintió.

—Dime, ¿cómo es Beloria?

—Un país precioso. Con colinas y montañas nevadas, pueblecitos pequeños, granjas, tiendas de artesanía, un reloj antiguo en la torre de la iglesia... Nueva York es muy emocionante, pero echo de menos esa belleza tranquila.

—Ya me imagino —Lily tomó un sorbo de champán—. Cuando era más joven yo solía leer libros de viajes. Soñaba con sentarme en una colina verde rodeada de flores silvestres...

—Entonces deberías ir a Beloria en primavera —sonrió Conrad —. Y prometo hacer que tu sueño se haga realidad. En mi país tenemos colinas así. Y flores por todas partes.

La limusina se detuvo frente al restaurante Bell'arrivo, donde esperaba un grupo de fotógrafos.

—¿Están aquí por ti? —preguntó Lily.

—Me temo que sí. Tu colega, Karen, ha llamado a varios periódicos para decirles que íbamos a venir a este restaurante. No te

preocupes, pasará enseguida.

Lily miró por la ventanilla y tragó saliva. Le había parecido fácil en teoría, pero en la práctica... salir mal en las fotos le daba pánico y la posibilidad de que la reconociera algún ex novio, que mostraría la fotografía a todos sus amigotes, más pánico todavía.

—¿Estás bien? —preguntó Conrad

—Sí, sí, estoy bien —intentó sonreír ella, diciéndose a sí misma que sólo estaba allí para ayudar en una buena causa.

—¡Príncipe Conrad! —gritaron los fotógrafos.

En cuanto salieron de la limusina empezaron los fogonazos y las preguntas y Lily tuvo que cerrar los ojos porque se había quedado momentáneamente ciega.

—¿Es la mujer de su vida?

—¿Ésta es una relación seria?

—¿Qué ha pasado con Brittany Oliver?

—¿Esto significa que los rumores sobre su relación con lady Penélope no son ciertos?

Conrad contestaba por turnos, haciendo que la respuesta acabara siendo siempre sobre la fundación y no sobre su vida privada. Conseguía hacerlo sin dar un sermón y sin resultar antipático. La experiencia, pensó Lily.

Cuando por fin contestó a la última pregunta, Conrad dio las gracias a los fotógrafos y le hizo un gesto a Lily para que entrase en el restaurante.

—No van a marcharse —suspiró ella—. Apoyarán las cámaras contra el cristal, esperando conseguir una buena fotografía.

—Lo sé. Y, con tu permiso, podríamos dársela —sonrió él.

—Eso tendremos que negociarlo —intentó sonreír Lily.

—No te gusta ponerme las cosas fáciles, ¿eh?

—Claro que sí, es mi trabajo.

Conrad rió.

El maître los llevó a una mesa apartada al final del restaurante. Por supuesto, los fotógrafos podían verlos desde allí, pero no había otras mesas cerca, de modo que nadie podría escuchar la conversación.

En cuanto el camarero los dejó con la carta, Conrad dijo:

—Gracias otra vez. Sé que no querías hacer esto.

—La verdad es que no estoy pasándolo tan mal.

—¿No?

—No, todo lo contrario. De hecho, lo estoy pasando bien.

—Me alegro de oírlo —sonrió Conrad—. Pensé que iba a parecerte un aburrimiento.

—¿Por qué?

—No parecías muy entusiasmada cuando te dije que llamaría a un comprador personal para elegir tu vestido.

Lily rió.

—Sí, bueno, porque no conocía a Maurice. Además, me gusta saber que estoy haciendo todo esto por una buena causa. Y luego, conocer a Jeff... lo que estás haciendo por esos niños es muy importante, Conrad.

—Y yo te agradezco mucho que estuvieras allí —le confesó él—. Con el niño me resultaba muy fácil hablar, pero no lo habría sido tanto de haber estado a solas con la madre. No se me da bien conversar con desconocidos.

—Eso no es verdad, lo hiciste de maravilla. Siguieron charlando durante la cena y cuando

Lily miró su reloj se quedó helada.

—Dios mío. Es más de medianoche.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

—No, pero... no sabía que fuera tan tarde —murmuró ella, mirando hacia los fotógrafos, que seguían esperando en la calle—. Esos pobres deben estar helándose.

Conrad llamó al camarero.

—Hay unos fotógrafos en la puerta...

—Me libraré de ellos ahora mismo, Alteza.

—No, no es eso. Quiero que les lleve unos cafés. Póngalos en mi cuenta.

El camarero lo miró, asombrado.

—Perdone, ¿ha dicho que invite a los fotógrafos a un café y los ponga en su cuenta?

—Exactamente.

Lily observó, divertida, cómo se alejaba el camarero sacudiendo la cabeza.

—Se ha quedado sorprendido porque no esperaba que fueras tan amable. En el Montclair hemos tenido dignatarios y aristócratas y te aseguro que no eran como tú. Eran más bien... egocéntricos.

—Como la mujer de mi padre.

Lily se encogió de hombros. No podía hablar mal de una cliente, aunque estuviera de acuerdo.

—Ha habido muchos así.

Conrad le hizo un gesto al camarero para que le llevase la cuenta y luego se volvió hacia Lily.

—Entonces, cuando te informaron de mi llegada debiste temerte lo peor.

—No, todos esperábamos que fueras una persona interesante. Aunque no sabía que fueras a serlo tanto.

—Cuando te canses de trabajar en el negocio hotelero, deberías dedicarte al teatro —sonrió Conrad—. Lo harías de maravilla.

—Dudo que haya un Oscar esperándome.

El camarero apareció con la cuenta y desapareció luego discretamente.

—¿Nos vamos? —preguntó el príncipe.

—Sí, claro —contestó Lily, levantándose. Sólo después se dio cuenta de que debía haber esperado a que él le apartara la silla. De modo que no era tan buena haciendo su papel, pensó.

Mientras esperaban que les llevasen sus abrigos, Lily pudo ver a los fotógrafos, ahora cargados de cafeína, ocupando sus posiciones, dispuestos a hacer más fotografías.

Conrad también debió darse cuenta porque la ayudó a ponerse el abrigo y luego le pasó un brazo por la cintura.

—Creo que éste sería un buen momento para besamos —murmuró.

—Seguramente eso despertaría el interés de los fotógrafos.

—Sin duda. ¿Te importa?

No le importaba. Aquella vez no porque era en público. No iba a sentir nada, no era real.

Se decía eso a sí misma mientras Conrad la tomaba entre sus brazos. Pero entonces el mundo pareció desaparecer. El ruido del restaurante, el tintinear de los vasos y los platos, las conversaciones, todo desapareció.

No había nada más que el abrazo de aquel hombre y el sabor de sus labios.

Podría haber estado así toda la noche, aunque una vocecita le recordaba que no era real.

Por un momento, le pareció como si hubiera fuegos artificiales dentro de su cabeza, pero cuando Conrad se apartó y le dio las gracias en voz baja, se dio cuenta de que todo había sido para las cámaras.

—Sin problema —contestó.

Cuando salieron a la calle, los fotógrafos hicieron su trabajo y después, una vez sentados de nuevo en la limusina, Conrad le dijo:

—Mañana habrá muchas especulaciones en los periódicos y eso será bueno para la fundación.

Lily tragó saliva, aún desconcertada por el beso.

—¿Y no hay una manera más fácil de llamar la atención?

—¿Qué podría ser más fácil que esto? Algún cotilleo, unas fotos, artículos hablando de la posibilidad de que haya una nueva princesa de Beloria. Muy sencillo.

Sí, era cierto. Aunque el plan podría parecer tonto o innecesario, era la forma más realista de llamar la atención en un mundo hastiado de noticias tristes. La única razón por la que ella lo estaba pasando mal era porque nunca había sido buena actriz. No podía fingir que sentía algo por alguien si no sentía nada.

Y peor: no podía fingir que no sentía nada por alguien cuando sentía algo.

—Me alegro de que todo haya salido bien.

Conrad la miró, pensativo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Por qué dices eso?

—Es evidente. Estás... triste.

Qué curioso. El único hombre perceptivo que se había encontrado en la vida tenía que ser un príncipe que estaba a punto de volver a su país, a miles de kilómetros de distancia. Mala suerte.

—No, qué va, es que estoy cansada. No suelo acostarme tan tarde.

—Ah —Conrad asintió con la cabeza, pero no parecía convencido.

Volvieron al hotel en silencio. Mientras Conrad miraba por la ventanilla, ella estudiaba su perfil. Era tan guapo que parecía irreal. Sus facciones eran rectas, regulares. Su cuerpo era fuerte, muy masculino. Ella sabía lo que era estar entre sus brazos y mientras lo miraba sintió un anhelo inesperado. Un anhelo que nunca sería

compartido.

Mal asunto, pensó. Estaba empezando a enamorarse de aquel hombre. Un príncipe. Que había dejado absolutamente claro que aquello no era en absoluto una relación romántica. Que le había pedido que lo ayudase porque sabía que entendería que no podía haber nada entre ellos.

El hombre más inalcanzable del mundo.

De repente, Lily deseó que terminara la semana para poder volver a su vida normal.

Capítulo 11

CUANDO por fin llegó el sábado, nadie dejó que Lily hiciese nada en el hotel.

—Es tu día —le dijo Karen—. Queremos que lo pases bien y no tengas que preocuparte por nada. Ésta es tu noche, Cenicienta. Y no olvides que queremos saber absolutamente todo lo que pase en el baile.

Lily sonrió a su amiga. Sabía que sería absurdo intentar convencerla de que aquello sólo era una farsa... por una buena causa, eso sí. Sus compañeros querían un cuento de hadas y se negaban a oír otra cosa.

Los periódicos locales habían publicado fotografías de Conrad recibiendo el premio de Naciones Unidas en nombre de su padre. Y en las fotografías estaba guapísimo, serio, digno, todo lo que debía ser un príncipe.

The Times lo llamaba «elocuente», el Post decía que era un hombre

«impresionante» y Caroline Horton lo llamaba «el futuro marido de lady Penélope».

Lily tuvo que sonreír. A Conrad eso no iba a hacerle ninguna gracia. Caroline Horton seguía insistiendo sobre lady Penélope, el Post especulaba sobre su relación con Brittany Oliver «¿ha terminado?» y Lily «¿quién es la misteriosa mujer que cenó con el príncipe la otra noche?». Dos o tres periódicos, además de la revista People Weekly, habían publicado la fotografía de Conrad y ella entrando en el restaurante del brazo. Lily no había podido dejar de mirar esa fotografía hasta que la apartó de un manotazo y se dijo a sí misma que debía dejar de soñar.

Su vestido llegaría en un par de horas. Maurice y Freddy llegarían a las cuatro para ayudarla y a las seis, Conrad y ella irían al baile.

Y ya estaba. Su trabajo habría terminado.

Pronto todo habría acabado, se recordó a sí misma.

Pero en lugar de sentirse aliviada, experimentaba una sensación de vacío que no podría explicar.

El chico de Melborn's llegaba tarde. Se había perdido mientras iba al Montclair y acabó yendo hacia el este cuando tenía que ir hacia el oeste. Cuando por fin llegó al hotel estaba asustado,

pensando que iba a llevarse una bronca del príncipe.

Por eso fue un alivio para él encontrarse en el pasillo con una mujer gruesa que llevaba una tiara.

—¿Ése es el vestido para la acompañante del príncipe Conrad?

—Sí, señora.

—Démelo.

El chico se quedó indeciso un momento. Debía llevarlo a la suite del príncipe, pero no le habían dicho quién debía firmar la entrega. Y si no podía confiar en una señora con tiara, ¿en quién iba a confiar?

De modo que se lo entregó.

—Muchas gracias —dijo la mujer, chascando los dedos. Una versión más joven de la señora apareció entonces con cara de sorpresa—. Éste es el vestido para la acompañante de Conrad. Llévalo a su suite. En la tercera planta.

La joven abrió mucho los ojos, pero luego asintió con la cabeza.

El chico de Melborn's esperó un momento, pero enseguida quedó claro que no iba a recibir una propina.

—Vete, seguro que tienes cosas mejores que hacer que quedarte ahí mirando como un pasmarote.

—¿Que el vestido no ha llegado todavía? —exclamó Maurice cuando se reunió con Lily y Freddy en la suite.

—No —contestó ella, mirando el reloj—. Y ya debería estar aquí.

—No entiendo nada —murmuró Maurice, sacando el móvil del bolsillo para llamar a Melborn's—. ¿Qué pasa con el vestido de Lily Tilden...? ¿Qué? ¿Cuándo lo han traído? ¿Quién lo ha traído? Muy bien... Han traído el vestido hace dos horas

—dijo, guardando el móvil.

—Eso es imposible —replicó Lily, descolgando el teléfono—. Todo el mundo está deseando verlo... Karen, ¿ha llegado el vestido?

Karen le dijo que no, pero que iba a preguntar. Unos minutos después volvió a ponerse al teléfono para decir que uno de los botones había visto a un chico con un porta trajes... que había entregado a la princesa Drucille.

—¿Quieres que le pregunte si se ha quedado con el vestido?

—No, déjalo. Yo me encargo de esto —contestó Lily.

De modo que se dirigió a la suite de la princesa, furiosa.

En cuanto Drucille abrió la puerta, Lily supo lo que estaba pasando.

—Creo que han traído un vestido de Melborn's que es para mí, Alteza. Y se lo han dado a usted por accidente.

—¿A mí? —exclamó ella—. No sé de qué está hablando. Y aunque lo supiera, no podría ayudarla. Mi hijastro no tiene sentido común en lo que se refiere a las mujeres, pero yo sí. De modo que esta noche irá al baile benéfico con lady Penélope.

—No, se equivoca —replicó Lily—. ¿Quiere que llame al príncipe para que hable con usted sobre el vestido?

La princesa hizo una mueca. Sus ojos se volvieron aún más pequeños, más mezquinos.

—Supongo que no querrá que yo hable con la prensa sobre cierto «acuerdo»

que tiene usted con mi hijastro.

—He terminado con el vestido, madre —oyeron entonces la voz de lady Ann, que apareció con unas tijeras en la mano y algo de color azul que, evidentemente, eran los restos de su vestido de noche.

A Lily se le encogió el corazón.

No tenía nada que ponerse y, con sólo una hora, temía no poder encontrar otro vestido. Lo que la princesa Drucille había hecho era una crueldad. Fue a darle la noticia a Maurice y Freddy, que la esperaban en el pasillo, demasiado nerviosos como para permanecer en la suite.

—¿Qué ha pasado?

—Ella tiene el vestido —contestó Lily.

—¿Dónde está?

—En su suite, hecho pedazos. Su hija hizo el trabajito.

—Entonces, ¿es irreparable? —preguntó Maurice.

—Absolutamente. Ahora mismo no serviría ni para ponérselo a una Barbie.

Irónicamente, fue Maurice quien se puso a llorar.

—Tanto trabajo para nada... Ésta iba a ser la noche más feliz de nuestra vida y esa zo...

—No pasa nada, Maurice —lo interrumpió Lily—. Tiene que haber alguna solución.

—Sí, claro, tendrás que ponerte un vestido que no sea de alta

costura.

—Pero si compras algo ahora, será... eso, un vestido comprado en una tienda

—suspiró Freddy.

Lily se encogió de hombros. No podían hacer otra cosa.

—Es mejor que ir desnuda, ¿no?

Una puerta se abrió al otro lado del pasillo y Bernice Dorbrook asomó la cabeza.

—¿Qué pasa aquí?

—Ah, siento molestarla, Bernice...

Lily fue interrumpida por Maurice que, inmediatamente, le contó la triste historia.

—Ya le dije a Lily que conocía a Drucille Germorenko desde hacía años... y que tuviera cuidado con ella. Siempre ha sido una víbora.

Esto catapultó a Bernice, Maurice y Freddy a una discusión sobre lo mala que era la princesa Drucille, lo fea que era su hija y lo desesperadas que estaban las dos. Y lady Penélope.

—Un momento, por favor —intervino Lily—. Aunque estoy de acuerdo con muchas cosas, esto no sirve de nada. Necesito un vestido para el baile. Y quedan sólo cuarenta y cinco minutos.

—Ah, no te preocupes por eso. Pasad, pasad, yo tengo algo que te irá de maravilla. Lo llevé en la entrega de los Oscar de 1958, cuando el hombre con el que estaba casada en ese momento fue nominado como productor. No ganó —suspiró Bernice—. Pero el vestido es una maravilla. Un Valentino.

Maurice y Freddy intercambiaron una mirada y empujaron a Lily hacia el interior de la suite. Esperaron en el saloncito, que estaba decorado con fotografías enmarcadas de todos los maridos de Bernice y de ella misma pescando con Hemingway, cotilleando con Grace Kelly o delante del muro de Berlín mientras lo desmantelaban...

Unos minutos después, Bernice salió de la habitación con un precioso vestido negro de seda.

—Pruébatelo. Puedes usar mi dormitorio. Nosotros esperaremos aquí.

—Muy bien —Lily entró en la habitación, rezando para que le quedase bien, pero sin muchas esperanzas.

Pero le quedaba bien. Como si se lo hubieran cosido al cuerpo una vez puesto. El vestido, drapeado, llegaba hasta los pies y tenía una pequeña cola y dos tiritas de satén negro que lo sujetaban a los hombros. La seda negra se pegaba a cada curva de su cuerpo, destacándolas, mostrando su figura en todo su esplendor.

Cuando salió del dormitorio, Maurice, Bernice y Freddy se llevaron una mano al corazón.

—¡Estás exquisita! —exclamó Maurice.

—Encantadora —asintió Freddy.

—Cariño, si a mí me hubiera quedado así, me habría ido a casa esa noche con Cary Grant —suspiró Bernice, que no podía disimular la emoción.

—Gracias —dijo Lily—. A todos, de verdad. Bernice, no sé qué habría hecho sin su ayuda. Pero no hay tiempo para emocionarse, sólo tengo media hora antes de que Conrad venga a buscarme. Freddy, haz un milagro con mi pelo.

—¡Ahora mismo!

Todos volvieron a la habitación que Lily estaba usando para arreglarse y veinte minutos después la transformación era completa. Nunca se había sentido tan guapa en toda su vida.

Cuando Conrad llamó a la puerta, estaba lista para enfrentarse con lo que hiciera falta.

Los ojos azules del príncipe se iluminaron al verla.

—Estás... increíble —sonrió, despertando exclamaciones de entusiasmo por parte de Maurice, Freddy y Bernice—. Nunca había visto una mujer más guapa.

—Eso no es verdad, pero gracias por decirlo. ¿Estás listo?

—Creo que prefiero sentarme aquí y mirarte durante toda la noche —

contestó Conrad.

Lily oyó a Maurice y Freddy suspirar.

—Venga, vámonos antes de que me convierta en una calabaza —sonrió, tomando su bolso. Pero entonces se paró de repente—. ¡Oh, no!

—¿Qué ocurre?

—¡Los zapatos! —exclamó Lily, levantando el vestido para mostrar sus pies desnudos—. Los zapatos que tenía preparados para el otro vestido quedarían ridículos con este.

—¿Qué número usas, Bernice? —preguntó Maurice.

—El treinta y seis —contestó ella.

Lily negó con la cabeza.

—No, yo uso el treinta y ocho. Pero no pasa nada, aquí al lado hay una zapatería...

—¡No puedes ponerte cualquier zapato!

—Sólo los necesito para esta noche y no tengo tiempo de ir de compras. No pasa nada, de verdad.

Pese a las protestas de Maurice, Lily y Conrad se despidieron.

Una vez en la limusina, Conrad miró sus pies desnudos y tuvo que sonreír.

—¿Qué tal si vamos al aeropuerto y tomamos un vuelo con dirección a Maui?

Ella suspiró.

—No mencione Maui a una chica de Brooklyn a menos que lo diga en serio, Alteza. Estamos en noviembre y me encantaría ir a cualquier sitio donde hiciera calor. 0 mucho más frío. Algo más interesante que este tiempo tan gris.

—Me encantaría llevarte donde quisieras —contestó él.

Lily se puso colorada. No sabía si lo decía en serio o no, pero el momento era tan especial que no quería estropearlo preguntando.

Aquella noche era una fantasía y, la verdad, estaba empezando bien.

Capítulo 12

LILY miró por la ventanilla y vio que se acercaban a la zapatería.

—Es aquí —

le dijo al conductor—. Vuelvo enseguida.

Conrad sacó la cartera del bolsillo.

—Al menos, deja que los pague yo...

—No, de eso nada. No tienes billetes suficientemente pequeños para esta zapatería —rió Lily, antes de salir corriendo. Volvió cinco minutos después con unos zapatos negros de tacón, baratos pero bastante aceptables. En cualquier caso, nadie iba a verlos.

Conrad los miró con gesto de aprobación y luego le dijo al conductor que los llevase al salón donde se celebraría el baile.

—¿Quieres una copa de champán? —preguntó Conrad.

Normalmente habría rehusado, pero aquella noche estaban de celebración.

—Por supuesto.

—Por una noche maravillosa —brindó él.

—Por una noche maravillosa.

Aquello era divertido, pensó Lily. No siempre había que ser serio y aburrido.

A veces podía soltarse el pelo y pasarlo bien.

Claro que eso era mucho más fácil teniendo a alguien al lado. Alguien que tuviera los mismos objetivos que una. Eso era lo que pasaba con Conrad, que tenían un' objetivo común: que aquel baile benéfico fuera un éxito. Así era, imaginaba, como sería un matrimonio feliz.

Lily tomó otro sorbo de champán, sin dejar de mirar a Conrad.

Aquel hombre, pensó, a pesar de las objeciones que ponía una vocecita en su cabeza, sería un buen marido. Estaba a su lado, pero no imponiéndose, apoyándola sin sofocarla. Y, sobre todo, era una persona que la valoraba.

Conrad le había dicho tantas cosas bonitas en los últimos días... Lo echaría de menos cuando se fuera.

Y se marchaba al día siguiente.

¿Dónde se había ido el tiempo? En cierto modo, Lily sentía como si lo conociera de toda la vida. Después de haber aceptado hacer el papel, y especialmente ahora que estaba a solas con él, tenía la impresión de que podría seguir con la charada para siempre. Pero

no iba a ser así. Tenía una noche. Una noche para vivir una fantasía.

El conductor detuvo la limusina frente al edificio donde tendría lugar el baile y Lily se quedó helada al ver el número de fotógrafos que esperaban en la alfombra roja.

Aquella vez, Conrad se quedó esperando a que el chófer abriese la puerta.

—Es lo que la gente espera.

Lily, que no estaba acostumbrada a las cegadoras luces de las cámaras de televisión, tuvo que cerrar los ojos porque no veía nada. Afortunadamente, Conrad la llevaba de la mano.

—Te acostumbrarás —le dijo—. Afortunadamente, no se organizan muchos eventos de este tipo.

Ella no entendió a qué se refería, pero no era momento de preguntar.

Se detuvieron en la entrada, donde Conrad empezó a responder a las preguntas de los periodistas. Lily hizo su papel, sonriendo mientras él hablaba de la fundación.

—¿La mujer que lo acompaña es la futura princesa de Beloria?

—Sería una princesa maravillosa, ¿no le parece?

Lily se puso tensa. Tenía que recordarse una y otra vez que aquello no era de verdad.

Una vez dentro, con los candelabros de cristal francés, las flores, los invitados, muchos de los cuales eran personas famosas en diversos campos, el tiempo pasó volando. Conrad mantuvo una protectora mano en su cintura mientras iban de grupo en grupo, hablando sobre la fundación, las donaciones y el éxito del proyecto.

—¿Por qué estás tan callada? —le preguntó en voz baja.

—Estoy asombrada —contestó ella—. Esto se te da de maravilla.

—No sé si es verdad —rió Conrad—. Pero puedes hablar... o no. Lo que tú quieras. Me siento orgulloso de tenerte a mi lado hagas lo que hagas.

Lily se alegró de oír eso, pero cuando empezaron a hacerle preguntas tuvo que hacer un esfuerzo para contestar de forma coherente porque no podía dejar de pensar... en él. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? Era absurdo y ella lo sabía.

A las diez, la orquesta empezó a tocar.

—Tenemos que bailar —dijo Conrad.

—Eso me temía —suspiró Lily—. Yo no sé bailar.

Él la miró, sorprendido.

—¿En serio?

—De verdad, no sé bailar. Soy un completo desastre.

—No te preocupes, yo te enseñaré —sonrió el príncipe, tomando su mano para llevarla a la terraza—. ¿Tienes frío?

—No, qué va.

Y era cierto. En sus brazos sentía como si estuvieran en pleno verano.

—Es muy sencillo. Así… un paso adelante, un paso atrás, un paso adelante, uno atrás… Ahora, un paso a la derecha, un paso a la izquierda… Perfecto. Venga, vamos a intentarlo otra vez.

Y bailaron, solos en la terraza, bajo el frío de noviembre, con las luces de Nueva York brillando por todas partes.

Fue la noche más romántica de su vida.

Y no era real.

La pieza terminó y Conrad la soltó para aplaudir suavemente.

—Aprendes muy rápido. ¿Vamos dentro?

La verdad era que le habría gustado quedarse en la terraza durante una hora o dos, en lugar de bailar delante de la gente, pero Lily sabía que eso era lo que tenía que hacer.

—Sí, claro.

En cuanto entraron en el salón, los invitados empezaron a aplaudir.

Conrad le hizo un gesto al director de la orquesta y la música volvió a empezar. Bailaron en la pista hasta que un hombre al que Lily no conocía se acercó para rogarle al príncipe que lo dejase bailar con su acompañante. Durante una hora estuvo así, yendo de los brazos de un hombre a los brazos de otro, aunque Conrad intentaba robársela a todos los invitados.

Estaba empezando a disfrutar del baile cuando vio a uno de sus compañeros, Sean, haciéndole gestos desde el fondo del salón.

Alarmada, se disculpó y salió de la pista de baile.

—¿Qué haces aquí?

—Tienes que venir conmigo. Es Gerard… es una emergencia.

Lily miró a Conrad, que estaba bailando con una señora mayor, y decidió que podría ir al Montclair para ver lo que pasaba y volver antes de que la echasen de menos.

—¿Qué ha pasado?

—Ven conmigo —contestó Sean.

—¿Qué ha pasado? ¿Gerard se ha puesto enfermo?

Sean la llevó por una escalera angosta y luego, mirando a derecha e izquierda, abrió una puerta.

—Entra.

—¿Qué es esto? —preguntó Lily, pero Sean ya había cerrado, dejándola a oscuras.

—Lo siento —se disculpó él desde el otro lado—. Pero si un cliente pide algo, tenemos que dárselo, ¿no?

—¡Sean! —gritó Lily, empujando el picaporte—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué dices de un cliente? ¡Abre la puerta ahora mismo!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque la princesa Drucille me ha pedido que te encerrase aquí —contestó su compañero—. Lo siento, pero me ha ofrecido mucho dinero y tengo tres hijos, Lily.

—Sean, déjame salir ahora mismo o haré que Gerard te despida.

—Por favor, entiéndelo. No es nada personal.

Lily tocó la pared buscando el interruptor de la luz, pero no lo encontraba.

Parecía estar en un almacén o en un armario empotrado…

—¡Sean! Abre la puerta ahora mismo.

—Lo siento —volvió a disculparse él, pero su voz sonaba lejana.

Lily suspiró. Al menos no estaba en una mazmorra, pensó. Poco a poco fue acostumbrándose a la oscuridad, pero le llegaba un rayo de luz… cuando miró hacia arriba vio un travesaño por encima de la puerta. Ese travesaño podía ser su salvación.

Si pudiera llegar hasta él… al tacto, fue buscando algo que le sirviera de apoyo y encontró una caja grande y pesada. Con cierto esfuerzo la apoyó en el suelo y probó para ver si soportaba su peso… sí, por el momento sí.

Pero no lograba llegar al travesaño, de modo que bajó de la caja y siguió buscando al tacto, temiendo encontrar un animal dormido o, peor, una persona dormida, pero afortunadamente no encontró nada de eso. Lo que sí encontró fue una caja de plástico. Estaba llena de cosas y tuvo que vaciarla antes de colocarla sobre la caja de cartón. No le resultó fácil subirse, pero Lily tenía cierta experiencia

en ese tipo de actividad. Ella siempre había sido muy aventurera cuando era pequeña, en el orfanato Barrie.

De modo que se levantó el vestido, se subió a las cajas y logró tocar el travesaño del techo, más preocupada por el vestido de Bernice que por su propia seguridad.

Cuando comprobó que era imposible encaramarse al travesaño con aquel vestido tan ajustado, Lily bajó al suelo, se lo quitó y volvió a subirse a las cajas con el vestido en la mano. En alguna parte debía haber algún productor de cine pomo que estaría encantado de filmar la escena, pensaba.

Estaba deslizándose por el travesaño cuando oyó una voz por los altavoces:

—Y ahora, señoras y señores, Su Alteza, el príncipe Conrad de Beloria.

Aplausos de la concurrencia.

Lily sujetó bien el vestido. No podía aparecer en el salón en braguitas y sujetador.

Deslizándose por el travesaño, logró pasar por encima de la puerta y saltar al pasillo. Afortunadamente, tuvo tiempo de ponerse el vestido, pero en cuanto lo hubo hecho apareció la princesa Drucille.

—Vaya, veo que es usted muy atlética.

—Al príncipe Conrad no va a gustarle lo que ha hecho.

La princesa Drucille no parecía preocupada en absoluto.

—Menos le gustará que yo haga público esto —contestó, sacando una grabadora del bolso. Con una sonrisa de satisfacción, pulsó un botón y Lily pudo oír la voz de Conrad y la suya en una conversación que recordaba bien:

«—No pasa nada. La verdad es que la he llamado para pedirle un favor.

—Muy bien.

—En realidad, es una proposición.

—Una proposición. ¿Cuál?

—Por favor... siéntese un momento y escúcheme antes de decir nada.

—Me está poniendo nerviosa, Alteza.

—Ya lo veo. Pero pensé que era usted la clase de mujer que nunca se pone nerviosa.

—Normalmente no. Así que será mejor que me diga lo que quiere.

—Necesito una mujer que se haga pasar por mi acompañante durante una semana. Alguien que despierte la atención de los medios… en fin, que se haga pasar por mi última conquista.

—¿Me está pidiendo que le busque… una acompañante?»

Drucille apagó la grabadora en ese momento.

—No necesita oír nada más, supongo.

—No —contestó Lily.

—Muy bien —sonrió la princesa, guardando la grabadora en el bolso—.

Conrad no saldría muy bien parado si esa grabación se hiciera pública, ¿no le parece?

Desde luego que no, pensó Lily.

—¿Cómo ha conseguido colocar micrófonos en la habitación después de que los escoltas del príncipe hicieran un barrido?

—Su amigo Sean nos ha sido de gran ayuda.

—Ah, ya veo. ¿De verdad haría pública esa grabación?

—Si se marcha ahora mismo, no tendré que hacerlo.

—¿Y si no me voy?

—Hay una periodista, Caroline Horton, que estaría encantada de escuchar esta cinta. Usted elige —dijo la princesa—. Y le aconsejo que no le cuente esto al príncipe porque si lo hace la grabación llegará a manos de algún periódico.

Conrad se acercó al micrófono y dio un corto discurso en nombre de su padre. Estaba ensayado, de modo que le resultó fácil. Lamentablemente, mientras hablaba no dejaba de preguntarse dónde estaría Lily. No la veía por ninguna parte.

Quizá hubiera conocido a alguien interesante…

Muy bien, pensó. Eso demostraba que uno no podía fiarse de las mujeres. Y él no necesitaba una mujer en su vida, además. Desde luego, no necesitaba nada que interfiriese con su trabajo en la fundación.

Después del discurso, Drucille se acercó para presentarle a Caroline Horton que, de inmediato le preguntó dónde estaba su acompañante. Conrad contestó que había ido al lavabo para empolvarse la nariz.

—¿Quiere decir que se ha ido?

—Yo hace rato que no la veo —sonrió Drucille.

Conrad apretó los labios. No tenía sentido discutir con ella, de modo que decidió fingir que lo estaba pasando bien. Hablaría con todo el mundo y se encargaría de que la velada fuera un éxito para sus invitados.

Aunque no podía entender dónde se había metido Lily.

No se le ocurrió que podría haber una siniestra razón para su repentina desaparición.

De modo que cuando la vio bajar por la escalera, despeinada y con el vestido arrugado, la tomó del brazo, enfadado.

—¿Dónde te habías metido?

—Tengo que irme. Esto ha sido un error.

—¿De qué estás hablando?

—Vuelve con tus invitados. Tu proyecto es más importante que esta conversación.

—No te entiendo...

—Confía en mí. Vuelve con tus invitados.

—Pero...

—Tengo que irme, Conrad. Pero te deseo mucha suerte —suspiró Lily, levantando el bajo del vestido para darse la vuelta.

—Espera, tienes que quedarte hasta el final.

—No, no puedo.

Conrad podría haber jurado que había lágrimas en sus ojos.

—¡Espera! —exclamó, después de unos segundos de vacilación.

Lily bajaba la escalera corriendo, pero él la siguió. Cuando estaba a punto de llegar abajo vio que daba un traspié y perdía el tacón de un zapato.

Luego vio que se detenía para quitárselo y subir a un taxi, pero no logró alcanzarla.

—¡Lily!

Ni ella ni el taxista le hicieron caso. Y Conrad se quedó en la calle con el zapato roto... y el corazón en el mismo estado.

Lily fue directamente a su apartamento en Brooklyn. No le importaba pagar cien dólares por el viaje, tenía que llegar a casa lo antes posible.

Mientras estaba encerrada en el armario había estado segura de que Conrad iría a rescatarla. No se le ocurrió que la princesa Drucille podría haber urdido un plan tan diabólico.

Lily sabía que había hecho lo correcto dejándolo en la fiesta. Si se hubiera quedado, Drucille podría haberse acercado al micrófono con la grabadora para que todo el mundo oyera aquella conversación...

Y eso habría sido muy humillante para Conrad y para la Fundación Príncipe Frederick.

Conrad vaciló un momento, sin saber si debía volver al baile del que, supuestamente, era anfitrión o correr tras la mujer que, supuestamente, era su acompañante. Pero cuando miró el zapato roto supo de inmediato lo que debía hacer.

Tomó el siguiente taxi para ir al hotel Montclair y le pidió al taxista que lo esperase en la puerta.

Una vez allí, le pidió a Andy la dirección de Lily. Y no le costó mucho convencerlo para que se la diera.

—Cómo me gustan las historias de amor —suspiró el compañero de Lily Tilden.

Conrad volvió a subir al taxi, con el zapato en la mano, y le dio la dirección que llevaba anotada en un papel. Pareció tardar un siglo en llegar a Brooklyn, pero tenía que hablar con ella.

El taxista paró delante de un edificio de ladrillo. Sólo tenía tres pisos y había un laberinto de escaleras de incendios en las paredes. Conrad pensó que Lily podría escapar por allí... pero no, no se lo permitiría. Había escapado una vez y no iba a hacerlo de nuevo.

De modo que miró el número de su apartamento

y llamó al timbre.

—Sé que estás ahí, Lily Tilden. Abre la puerta.

Oyó el sonido de una cadena y un cerrojo antes de que Lily asomara la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Creo que has perdido esto —contestó Conrad, mostrándole el zapato. La ironía de ofrecerle un zapato a la mujer con la que podría casarse no le pasó desapercibida.

—Esto no es un cuento de hadas.

—¿No me digas? —sonrió él—. No recuerdo ningún cuento en el que el príncipe tuviera que tomar un taxi para llegar hasta la princesa.

Ella hizo una mueca.

—Yo no soy una princesa.

—Quizá no. Pero podrías serlo.

Lily cerró los ojos un momento.

—Estoy cansada, Conrad. Ha sido una noche muy larga y tengo sueño.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Por qué has salido corriendo?

—No ha pasado nada. Es que estoy agotada —contestó ella.

Conrad dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. Me marcho, pero ya sabes dónde encontrarme. No me voy de Nueva York hasta mañana por la noche.

—¿Por qué no nos despedimos ahora? Ha sido muy divertido. Gracias por todo. Conrad la miró, sin entender.

—No, Lily, gracias a ti —suspiró, dejando el zapato en el suelo —. Espero que volvamos a vernos algún día.

—Conrad...

—¿Sí?

—Si no volvemos a vernos, gracias, de verdad. Ha sido una semana... muy bonita.

Él no dijo una palabra. «De nada» habría sonado condescendiente y «Oh, no, gracias a ti» habría sonado sarcástico.

De modo que asintió con la cabeza y se alejó por la escalera.

Capítulo 13

ASÍ QUE le dejaste ir, ¿eh? —suspiró su hermana Rose mientras se dirigían al norte de Nueva York para conocer al padre de su hermana Laurel—. Adiós, gracias por todo, ha sido un placer.

—No fue tan fácil —suspiró Lily—. Pero tuve que hacerlo. Su perversa madrastra me amenazó con hacer pública la conversación.

—Pero podríais haber buscado alguna explicación que pareciese más o menos lógica. ¿Cuál es la verdadera razón por la que no quisiste hablar con él?

—Vivimos en mundos diferentes, Rose. No hay futuro para nosotros.

—¿Por qué no? Si Warren y yo lo hemos logrado, tú también podrías.

Lily negó con la cabeza.

—Warren es como nosotras… también él creció en el orfanato Barrie. Aunque sea un millonario, es como nosotras. Pero Conrad es un príncipe, Rose. Es el Jefe de Estado de un país europeo.

Su hermana la miró, enfadada. Lily Tilden, la más valiente de las hermanas, parecía a punto de llorar.

—No puedes dejarlo marchar.

—No me quiere, Rose. ¿Y podemos cambiar de tema? Creo que tienes que tomar esa salida —dijo Lily, mirando el mapa—. Sí, ésa es.

Poco después, buscaban la dirección de Laurel Standish, la hermana que habían perdido años atrás. No la encontrarían en casa porque el informe del investigador decía que vivía en Europa, pero al menos podrían hablar con su padre y ponerse en contacto con ella por teléfono. Pero cuanto más se acercaban, más nerviosas estaban las dos.

Después de lo que les parecieron horas, Rose detuvo el coche frente a una casa de piedra oscura.

—¿Estás lista?

—Creo que sí —contestó Lily—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Salieron del coche y fueron hasta la casa de la mano. Pero estuvieron diez minutos llamando hasta que un hombre mayor abrió la puerta.

—¿Sí?

—Hola, estamos buscando a Laurel Standish.

El hombre cerró los ojos.

—Me temo que llegan demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Laurel se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Rose.

—Murió en un accidente de avión hace dos semanas.

Lily sintió como si la hubieran golpeado en el estómago. ¿Que había muerto?

¿Habían estado a punto de volver a verla después de tantos años y Laurel había muerto dos semanas antes? No podía ser.

Era tan injusto que resultaba increíble.

—Yo... lo siento muchísimo —dijo Rose, con un nudo en la garganta—.

Acabamos de averiguar que Laurel era nuestra hermana. No nos acordamos de ella porque nos separaron cuando éramos muy pequeñas...

Por primera vez, la expresión del anciano se suavizó.

—¿Sois Lily y Rose?

Ellas se miraron.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy Bart Standish, el padre de Laurel. Nosotros sabíamos de vuestra existencia, mi mujer y yo. Os vimos en el orfanato cuando adoptamos a Laurel...

pero no podíamos adoptaron a las tres.

Rose se mordió los labios.

—Lo entendemos. ¿Laurel sabía algo sobre nosotras?

—No. Mi mujer no quería que lo supiera. Ni siquiera quería que supiera que era adoptada. Luego murió y... —el hombre dio un paso atrás—. Quizá deberíais entrar.

—Gracias.

Bart Standish las dejó un momento a solas en el salón y volvió poco después con un álbum de fotos y algo que parecía un diario.

—Creo que esto os pertenece a vosotras.

—¿Qué es?

—¡Son nuestros padres! —exclamó Lily, abriendo el álbum—. Mira, Rose.

Y allí estaban, dos personas que eran una mezcla de las dos

hermanas. Su padre tenía las mismas cejas que Rose, su madre los mismos labios que Lily. Era su herencia genética y estaban viéndola por primera vez en sus vidas.

Rose abrió el diario. La mayoría de las páginas estaban en blanco, pero había una carta dirigida a Rose, Lily y Laurel. Lily tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la rabia que le daba haber pasado tantos años sin saber quién era cuando en aquella carta estaba su pasado.

—La carta es para vosotras. La escribió vuestra madre, explicando que vuestro padre había muerto en un accidente cuando teníais un año. Ella no podía cuidar de vosotras, así que os dejó en la iglesia de Saint James y se quedó esperando hasta que sor Gladys os encontró. Aparentemente, también dejó el álbum de fotos y ese diario.

Lily se sentía sobrecogida de emoción.

—¿Y por qué nadie nos dijo nada? Después de tantos años... ¿por qué nadie nos contó quiénes éramos?

—No lo sé. Pero ahora lamento no haberle hablado a Laurel de sus hermanas.

—¿Ella no sabía nada?

—No, sólo le conté que su madre no había podido cuidar de ella.

—¿Hay algo más que pueda contarnos de Laurel?

—Era una buena deportista. Siempre cuidaba de las mascotas y los niños del vecindario... pero no sé mucho más. Yo viajaba todo el tiempo y apenas reconocía a Laurel o a su madre cuando volvía a casa. Lo siento. Mucho más de lo que podáis imaginar. Llevaos eso con vosotras —suspiró el hombre—. Perdonadme, pero estoy cansado. Espero que lo entendáis.

Lily fue la primera en levantarse.

—Gracias por todo. Este álbum y este diario significan mucho para nosotras.

—Buena suerte —se despidió Bart Standish.

Una vez en el coche, Rose y Lily se miraron.

—Laurel ha muerto, ¿te lo puedes creer?

—Es... horrible. Pero al menos nos ha dejado esto —murmuró Lily, abriendo el diario. Luego empezó a leer:

Mis niñas, si pudiera hacer otra cosa, lo haría, pero os quiero tanto que no puedo dejar que viváis una vida de penurias como la

que tendríais que vivir si os conservara a mi lado. Sólo porque os quiero con todo mi corazón he decidido dejar que otras personas cuiden de vosotras. Por favor, perdonadme.

Lily cerró el diario y miró a Rose con lágrimas en los ojos.

—Siempre había temido que nos hubieran dejado porque no nos querían.

Ahora sabemos que eso no es verdad.

Rose asintió mientras arrancaba el coche para salir de aquel sitio que casi había completado el triunvirato.

Pero se detuvo abruptamente cuando el padre de Laurel salió de la casa y empezó a hacer gestos con el brazo.

—Esto también es vuestro —dijo, poniendo un sobre en las manos de Lily—.

Son las cartas de Laurel desde Europa. Quizá así podáis conocer un poco a vuestra hermana. Ésta de aquí es la última que envió. Deberíais leerla.

No les dio tiempo a darle las gracias. Sencillamente, se volvió y entró en la casa sin decir una palabra más.

—Léela —dijo Rose.

Lily abrió el sobre y comprobó que la carta había sido enviada tres semanas antes.

—Papá, las cosas por aquí empiezan a ponerse mal. Pero quiero que sepas que seguiré enviando dinero para ayudarte a pagar la hipoteca. Si me pasara algo, tengo una amiga, Glenna Cunliffe, que ha prometido llevarte mis cosas. Si fuera así, ella se pondría en contacto contigo... —Lily se detuvo para mirar a su hermana.

—Una carta muy profética.

—No dice nada más. Y sólo hay un par de cartas y algunas postales. Parece que Laurel no tenía buena relación con sus padres. Al menos, con su padre.

—Qué pena.

—Deberíamos localizar a Glenna Cunliffe. A lo mejor ella puede contarnos algo más sobre Laurel.

Rose asintió con la cabeza.

—Es como si, por fin, hubiera encontrado la respuesta a un acertijo que llevo toda mi vida intentando descifrar.

—Sí —murmuró Lily, mirando por la ventanilla. Era como si, de repente, todo fuese de otra forma. Como si entendiera el mundo de

otra forma—. Laurel es la pieza que faltaba en el rompecabezas; una pieza que ya no podremos recuperar.

Pero aun así ha llenado un vacío.

—Y nos ha demostrado que la verdadera familia es la que uno mismo forma, no necesariamente las personas que llevan la misma sangre que tú. No importa de dónde vengas, lo que importa es dónde llegues.

Lily arrugó el ceño. Sabía que se refería al príncipe Conrad.

—Se marcha hoy, así que no vas a convencerme para que hable con él.

—Eres más cabezota que yo —se encogió su hermana de hombros.

—Más realista. ¿Se te ha ocurrido pensar eso?

Una hora y media después, mientras atravesaban el puente de George Washington, sonó el móvil de Lily.

Era Karen.

—¿Estás viendo el canal ocho?

—No, estoy en el coche con mi hermana. ¿Qué pasa?

—Ven al hotel ahora mismo. Aparca en doble fila, en triple fila si es necesario, pero ven lo antes posible. El príncipe Conrad está a punto de dar una rueda de prensa y los periodistas están preguntando por ti.

Lily colgó, atónita, y le contó a su hermana lo que acababa de decirle Karen.

—Estamos a cinco minutos del hotel Montclair. Te dejaré en la puerta para que entres corriendo… y buscaré un sitio donde aparcar.

—Estoy un poco nerviosa —le confesó Lily.

—¿Desde cuándo te pones nerviosa?

—Desde que me enamoré del príncipe —contestó ella.

—¡Entonces lo admites! ¡Estás enamorada de él!

—Sí, estoy enamorada de él. ¿Y qué? Rose sonrió, mientras pisaba el acelerador.

—Que tienes que hablar con él antes de que se marche.

—Pero…

—Pero nada —la interrumpió su hermana—. No pienso dejar que pierdas lo mejor que te ha pasado en la vida sólo porque eres una cabezota.

Capítulo 14

CUANDO Lily llegó a la sala de conferencias, Conrad había terminado de dar la rueda de prensa y estaba contestando a las preguntas de los periodistas.

Caroline Horton estaba allí, junto con otras luminarias del cotilleo de Nueva York. La princesa Drucille estaba en la primera fila, flanqueada por lady Ann y lady Penélope.

Un reportero levantó la mano y Conrad le hizo un gesto con la cabeza.

—La joven norteamericana con la que acudió al baile benéfico, ¿quién era?

—Se llama Lily Tilden —contestó el príncipe.

—¿Va a ser ella la princesa de Beloria?

—Ese sería mi mayor deseo, pero... —Conrad no terminó la frase al ver a Lily en la puerta.

—¿Pero qué, Alteza?

—Pero no sé si ella quiere. La señorita Tilden ha tenido que soportar muchas cosas por mi culpa.

—¿Qué cosas?

—La esposa de mi difunto padre intentó chantajearla para que se alejase de mí...

Por supuesto, de inmediato todos los periodistas empezaron a hacer preguntas a la vez y las cámaras apuntaron directamente a la princesa Drucille, que no sabía dónde esconderse.

—¿Intentó hacerle chantaje?

—Me temo que sí. Sólo una mujer desesperada por conservar un estilo de vida que no le corresponde llegaría a tales extremos —contestó el príncipe.

—¿Cómo intentó chantajearla?

—Amenazando con hacer pública una grabación, obtenida de forma ilegal, en la que yo le pedía a la señorita Tilden que me acompañase al baile benéfico. Ella, lógicamente, se mostró muy prudente porque apenas nos conocíamos, pero yo intenté convencerla porque se había convertido en una persona importante para mí. Espero haberlo hecho porque nunca he conocido a una mujer como ella —

respondió Conrad—. Y estoy seguro de que no volveré a encontrar a nadie que se le parezca. Por eso me entristece tanto

irme de Nueva York.

—¿Quiere decir que ha pedido su mano?

—Me encantaría hacerlo... pero no sé cuál sería su respuesta.

Lily dijo que sí con la cabeza, temblando por dentro.

—Si Lily Tilden aceptara ser mi mujer, yo sería el hombre más afortunado de la tierra.

Había decenas de manos levantadas, pero Conrad sólo tenía ojos para Lily.

—¿Eso significa que van a casarse?

—No lo sé. ¿Significa eso, Lily? Ella tragó saliva.

—¡Es ella! —gritó alguien.

Las cámaras se volvieron hacia Lily.

—¿Va a casarse con el príncipe, señorita Tilden?

Ella apretó los labios para no ponerse a llorar, pero avanzó hacia la mesa sin fijarse en las cámaras ni en los fotógrafos. Sólo tenía ojos para Conrad.

Y Conrad sólo parecía tener ojos para ella.

—¿Qué dice, señorita Tilden? ¿Quiere casarse conmigo? —preguntó el príncipe, clavando una rodilla en el suelo.

Por primera vez en su vida, Lily se sintió completa, segura. Como si, por fin, hubiera llegado a casa.

Tenía la certeza de que aquello era lo que quería. No había estado más segura de nada en toda su vida.

Pero como no podía pronunciar palabra, sólo pudo asentir con la cabeza.

—¡Ha dicho que sí! —gritó alguien.

La palabra «sí» se repitió por toda la sala como un eco.

Conrad se incorporó y la tomó entre sus brazos.

—¿Estás segura? No quiero que te sientas presionada por la multitud.

—¿Multitud? ¿Qué multitud?

Riendo, Conrad la besó en los labios antes de volverse hacia los periodistas.

—No había planeado esto, pero parece que han conseguido ustedes la historia que querían. Beloria tiene una nueva princesa y su nombre es Lily. Y acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo.

EPÍLOGO

PUEDO quitármela ya?

—No, espera un momento.

—Conrad, llevo una venda en los ojos desde que salimos del aeropuerto.

Empieza a picarme —protestó Lily.

Conrad soltó una risita.

—Sólo han sido veinte minutos.

—Deja que yo te la ponga a ti y ya verás si te gusta.

—Esta noche —le dijo Conrad al oído—. Me parece una sugerencia muy interesante.

Lily sintió un escalofrío ante la promesa de pasar la noche con él en la cama.

Y la noche siguiente. Y la otra..

Estaba empezando a conjurar imágenes peligrosamente vívidas cuando Conrad por fin le quitó la venda de los ojos.

Lo primero que vio fue su sonriente cara. Y luego él, su príncipe, la tomó en brazos.

—Princesa Lily, bienvenida a casa.

Sólo entonces levantó la mirada para ver el magnífico castillo. Era alto y majestuoso, con ventanas de medio punto y torres que llegaban hasta el cielo. Ni el propio Walt Disney podría haber imaginado un castillo más encantador.

—No estarás diciendo que vamos a vivir aquí, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Qué quieres que hagamos con él?

—Convertirlo en un museo, por ejemplo —contestó Lily.

—No, de eso nada. Ésta es mi casa, nuestra casa.

—Nunca imaginé que viviría en un sitio tan precioso como éste.

—Pues ya verás el interior. Pero antes tengo que tomarte en brazos. Ésa es la tradición en tu país, ¿no?

Lily asintió.

—Se supone que da buena suerte.

Conrad la tomó en brazos y atravesó con ella la entrada del castillo.

—Nosotros no necesitamos suerte. El destino está de nuestro lado.

Lily se quedó sin aliento. Era una frase tan romántica... pero era exactamente lo que ella sentía.

—¿Lo crees de verdad?

Conrad asintió.

—Desde que te vi en el vestíbulo del hotel Montclair supe que el destino me había llevado hasta ti. Y ahora... el destino te ha traído a mi casa. Vamos a nuestra habitación, princesa. Más tarde te enseñaré el resto del castillo. Por ahora... —

Conrad la besó con ternura en los labios—. Ahora quiero demostrarte cuánto te necesito.